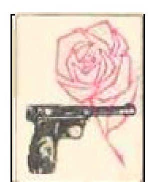


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El acoso de los asesinos

Todo empieza muy mal: en el maletero de su coche encuentra degollado el cadáver de un hombre llamado Samuel Sanders… aunque Brigitte no lo llamaría así: ella lo llamaría «Simón». A partir de aquí, los asesinos empiezan a acosarla, y está claro que la persona o personas que han contratado a esos asesinos saben perfectamente que la señorita Montfort es la agente Baby. Lo intrigante y preocupante es quién o quiénes pueden ser esas personas, y qué pretenden. Pero sobre todo, si saben que ella es la temida agente Baby… ¿por qué envían a matarle a unos asesinos de pacotilla, gente de la más despreciable chusma del mundo criminal, que ni en sueños podrían vencerle?



Lou Carrigan

El acoso de los asesinos

Brigitte en acción - 494

ePub r1.1

Titivillus 16.03.2018

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Brigitte se hallaba en el baño, completamente relajada, cuando se encendió la lucecita indicadora de la llamada telefónica.

No hizo caso alguno. Peggy contestaría, desde la cocina o desde cualquier dependencia del apartamento en la que se hallara. Por lo general era Peggy quien contestaba, con lo que Brigitte se evitaba considerables molestias. Y a fin de cuentas aquél era parte del trabajo de Peggy, como ama de llaves del apartamento de la señorita Montfort.

La señorita Montfort tenía otro trabajo.

Mejor dicho, dos trabajos. Uno, el que todo el mundo conocía, era el de periodista de fama y prestigio mundial; con este trabajo, la señorita Montfort había ganado el Premio Pulitzer. La otra profesión era la de espía, y con ella la señorita Montfort se había ganado el Cielo, a pesar de que había matado a muchas personas.

Porque todas las cosas pueden examinarse desde diferente perspectiva. Veamos: las personas que la señorita Montfort había eliminado eran asesinos, criminales y locos dispuestos a cometer toda clase de fechorías de repercusión mundial, o sea, actos que podían tener como consecuencia el exterminio de miles, cientos de miles y, algunas veces, incluso millones de inocentes y pacíficos seres humanos…

Pregunta: ¿acaso la señorita Montfort no había favorecido a la Humanidad al eliminar a semejantes bestias perversas y criminales?

Pregunta: ¿acaso no era mejor que muriese un loco criminal y sus compinches asesinos que, por ejemplo, un millón de honrados y pacíficos pobladores de este desquiciado mundo?

Pregunta: ¿acaso la señorita Montfort no se merecía el Cielo por haber salvado la vida y la dignidad humana a miles, cientos de miles, millones de seres humanos?

Respuestas: sí, sí, sí.

Por tanto, la señorita Montfort se había ganado el Cielo más que sobradamente. La señorita Montfort era un ángel. Pero, justamente aquel día, la señorita Montfort estaba enfadadísima. O lo había estado, porque ahora, con el baño caliente y su muy personal técnica de meditación y relajación, ya no se sentía enfadada.

Es decir, estaba menos enfadada que antes.

¿Por qué se había enfadado la señorita Montfort? Pues, porque había comenzado a leer una novela titulada La conjura de los necios (en inglés, «A Confederacy of Dunces»), a la que, tiempo atrás, se le había concedido el Premio Pulitzer. Es decir, el mismo premio que a ella se le había concedido como periodista hacía ya bastantes años.

Pregunta: ¿cómo se le podía conceder el Premio Pulitzer (¡el mismo premio que a ella, una periodista seria y con talento!) a una majadería tan enorme como aquella novela? A decir verdad, la señorita Montfort había estado tan enfadada que incluso había comenzado a escribir una carta abierta en la que, como profesional de las letras, renegaba del Premio Pulitzer, pues no deseaba hallarse en la misma línea y nivel que semejante absurdidad de novela.

O esto, o tranquilizarse y reflexionar sobre el asunto. Vamos a ver: ¿podía ser que ella fuese una ignorante, o que no tuviese capacidad de criterio, o que tuviera mal gusto literario, o que tuviera algo personal contra el autor de la dicha novela…?

Respuestas: no, no, no, no. Y no.

Simplemente, aquella novela era un bodrio de mucho cuidado.

Pero entonces, ¿por qué le habían concedido el Premio Pulitzer… varios años después de que su autor se suicidase? Y la cosa no terminaba aquí: ahora, tras ese Premio se habían editado otras obras del mismo autor que, como la del Premio, habían permanecido en el baúl de lo inservible…

La lucecita del teléfono del cuarto de baño, situado a un lado de la bañera, emitía su intermitente resplandor rojizo, lo cual significaba que la llamada telefónica era personal e intransferible para Brigitte. Si Brigitte quería atenderla sólo tenía que descolgar el auricular. Si no deseaba hablar por teléfono lo único que tenía que hacer era hacerse la desentendida, y tras cinco intermitencias de luz Peggy comprendería, y le diría a quienquiera que fuese la persona que llamaba que «la señorita acababa de salir de casa».

Brigitte prefirió atender la llamada que continuar enfadándose

con aquel asunto del Premio Pulitzer.

Descolgó el auricular.

—Sí, Peggy, voy a contestar —dijo—. ¿Quién es?

—No lo sé, señorita. Pero insiste mucho. Dice que es cuestión de vida o muerte que hable con usted.

—Ya. Bueno, pásame la llamada. —Se oyó un leve chasquido de conexión—... ¿Sí?

Silencio.

—¿Sí? —Insistió Brigitte—. ¿Diga?

Silencio.

—Diga. Soy Brigitte Montfort.

Silencio.

—¿Eres tú, Frankie? ¡Deja de hacer el tonto! Silencio.

Pero no un silencio absoluto. No un silencio de línea cortada accidentalmente. Era un silencio con sonidos de fondo. Unos sonidos que, por el momento, Brigitte no identificó. Pero una cosa era segura: al otro lado de la línea había alguien, oyéndola perfectamente, pero sin intención de contestar.

Todavía durante unos segundos, fruncido el ceño, Brigitte estuvo esperando alguna respuesta mientras oía aquellos sonidos de fondo que no conseguía situar en su memoria.

—Bueno —dijo amablemente Brigitte, por fin—, me encantan las bromas, pero sólo cuando tienen gracia.

Colgó el auricular, y tras permanecer unos segundos pensativa y hasta un poco inquieta, procedió a terminar de bañarse. Poco después, envuelta en un albornoz azul cielo, como sus bellísimos ojos, apareció en el salón, donde Peggy se hallaba echando el último vistazo asegurándose de que todo estaba en orden.

—Peggy, ¿quién dirías que me llamó antes? La rubia ama de llaves la miró sorprendida.

—¿Se refiere a la llamada que le pasé al baño?

—Claro, mujer. Ya sé que no te dijo quién era... Lo que te pregunto es si te pareció que lo conocías a él o el lugar desde donde llamaba.

—Pues no. —Peggy estaba desconcertada—. No tengo ni idea de nada de eso. Pero sí aseguraría que no era ninguno de sus amigos, o al menos no era nadie que yo conozca. Parecía extranjero, de eso sí me di cuenta.

—¿De qué país crees que era?

Peggy estuvo unos segundos pensativa, y por fin movió negativamente la cabeza.

—No lo sé, señorita.

—Eso significa que no era ni francés, ni ruso, ni alemán, ni latinoamericano. ¿De acuerdo?

—Sí. No era una persona que hablase con acento de los que conozco, o de los que le he oído hablar a usted tantas veces por teléfono. ¿Ocurre algo, señorita? Quizá debí decirle a ese hombre que usted no estaba, pero como insistió tanto y dijo eso de la vida y la muerte…

—Deja de preocuparte. Seguramente se trata de alguna broma estúpida ¿No ha llamado Frankie desde las pistas de nieve donde se celebra ese campeonato…? Es en Vail, Colorado, ¿verdad?

—Sí. El Campeonato del Mundo de Esquí Alpino. Pero me parece que ya ha terminado.

—Ah, claro. Por eso no ha llamado Frankie: debe de estar camino de regreso, así que de un momento a otro volveremos a tenerlo en casa.

—A lo mejor se ha quedado en Vail unos cuantos días más, por su cuenta, después de terminado su trabajo como periodista.

—No creo…, pero todo puede ser, claro. Quizá después de ver a tantos campeones le han entrado ganas de esquiar. Sí, ¿por qué no?

—¡A ver si vuelve con una pierna rota! —Se asustó por anticipado Peggy.

—No es fácil que Frankie se rompa un hueso —rió Brigitte—, pero todo puede ocurrir.

Eran aproximadamente las diez y media de la mañana. Hacia las once y cuarto, Brigitte descendía al garaje subterráneo utilizando uno de los ascensores del Crystal Building, donde tenía su apartamento en el piso veintisiete desde hacía… ¿Cuánto tiempo hacía? Mucho, muchísimo. La vida es breve, como un sueño hermoso.

Esto le gustó: la vida es breve como un sueño hermoso.

Sí, es cierto. Pero es que, además, los sueños hermosos no sólo eran breves, sino escasos. Casi siempre se sueñan cosas disparatadas o inquietantes, hay pocos sueños hermosos, pocos sueños de esos que uno quisiera que fuesen realidad y retenerlos para integrarlos

como tal realidad en la vida…

Lo que ocurre es que la vida, esa extraña realidad, también tiene cosas disparatadas e inquietantes.

Por ejemplo, aquella corbata que salía parcialmente del maletero del coche de Brigitte. Ésta se detuvo a pocos pasos del coche, y se quedó mirándola.

Sí, era una corbata. La parte ancha de una corbata, que sobresalía por la ranura del maletero. Una simple, corriente, normal corbata de las que usan los caballeros. No cabían dudas al respecto.

Pregunta: ¿qué hacía aquella corbata en el coche de la señorita Montfort, la mitad dentro del maletero y la otra mitad colgando al exterior?

Respuesta: imposible saberlo de buenas a primeras. Pero, eso sí, la agilísima mente de la señorita Montfort asoció aquella corbata con la llamada telefónica de antes, en la que como respuesta a sus requerimientos sólo había oído aquel ruido de fondo que todavía no había identificado. Sí, lo de la corbata tenía que ser como una continuación de la broma telefónica.

Pero no era lo mismo, porque una llamada telefónica puede hacerla cualquiera, no tiene mayor misterio ni, en general, riesgo alguno para nadie. Lo de la corbata era diferente, porque si alguien había metido media corbata dentro del maletero significaba que había abierto el maletero.

¡Qué broma tan divertida! Viene alguien, abre el maletero del coche de la señorita Montfort, coloca en el borde de cierre una corbata de modo que la mitad de ésta queda dentro del maletero y la otra mitad queda fuera, y cierra el maletero.

¡Qué broma tan divertida!

En aquel momento reinaba un silencio absoluto en el garaje subterráneo del Crystal Building, y allí no había nadie más que la señorita Montfort.

Normal, porque entre las once y las doce de la mañana prácticamente todo el mundo está en su puesto de trabajo, no entran y salen coches del garaje. Normal.

Pregunta: ¿sabía alguien que la señorita Montfort no tenía en absoluto un horario laboral normal, y que podía entrar o salir con su coche a cualquier hora del día o de la noche?

Respuesta: sí.

Y no sólo esto, sino que la persona que había colocado allí aquella corbata sabía a qué hora podía hacerlo con el mínimo riesgo y molestias. Pero aún había más. Considerando que al garaje de la señorita Montfort no era fácil entrar, pues ya hacía tiempo que se habían tomado muy severas medidas de seguridad al respecto, la conclusión era fácil: la persona que había colocado allí aquella corbata era alguien acostumbrado a entrar y salir de donde quisiera como quisiera. Un profesional. Y ciertamente, no un profesional del periodismo.

Pregunta: ¿con qué clase de profesionales tenía relación la señorita Montfort además de con periodistas?

Respuesta: con agentes secretos, más conocidos por la palabra simple y sugestiva de espías.

Así pues, al parecer, un espía había entrado al garaje de la señorita Montfort, había puesto aquella corbata en su coche, y se había marchado. Ningún problema excesivo para un verdadero profesional aunque sólo fuese de mediana calidad.

Pregunta: ¿el sujeto que había puesto la corbata en el coche (fuese o no espía, que sí debía de serlo) era el mismo que había llamado por teléfono a la señorita Montfort?

Respuesta: probablemente, casi seguro.

Pregunta: ¿quién era el espía en cuestión?

Respuesta: ¿?¿?¿?¿?

Pregunta: ¿qué pretendía?

Respuesta: ¿?¿?¿?¿?

Pregunta: ¿sabía dicho espía que la señorita Montfort era la sin par, famosísima y mortífera agente Baby?

Respuesta: sí.

Sí, porque de otro modo no buscaría relacionarse con ella aunque fuese de modo tan… bromista. Era poco probable que un espía profesional se dedicase a hacer llamadas a la periodista señorita Montfort y a regalarle corbatas, y en cambio sí tenía un mínimo de sentido que pretendiese jugar con la espía o agente Baby.

Pregunta: ¿estaba cerca de la corbata y por tanto de la señorita Montfort el espía desconocido?

Respuesta: ¿?¿?¿?¿?

Muy despacio, Brigitte se fue volviendo, para recorrer toda la

planta subterránea con la mirada.

Nadie a la vista.

Nada. Silencio.

Volvió a mirar su coche y la corbata.

Por el momento se le ocurrían tres cosas que podía hacer, a saber: a) salir del garaje sin tocar la corbata y llevar el coche a cualquier lugar donde expertos de la CIA se asegurarían de que la broma de la corbata no estaba relacionada con una bomba colocada en el maletero; bomba que podía explotar tanto al abrir el maletero como, simplemente, al pretender retirar la corbata de un tirón: b) retirar ella misma la corbata abriendo el maletero; c) retirar la corbata sin abrir el maletero, ya fuese tirando de ella y conservándola entera si era posible, o cortándola por el punto de presión con la tapa si había quedado demasiado presionada para poder deslizarla.

La más discreta era la c), y la más segura era la a).

Pregunta: ¿cuál de estas opciones eligió la señorita Montfort?

Respuesta: ninguna de las dos.

Eligió la b).

Por dos razones: 1) que a ella no la asustaba nada ni nadie; 2), que si alguien quería convertirla en picadillo no la iba a poner sobre aviso corriendo el riesgo de que ella eludiese la trampa.

De modo que terminó de acercarse a su coche, sacó las llaves del bolso, y abrió el maletero.

Los ojos del cadáver estaban abiertos. Aterradamente abiertos.

El hombre yacía allí grotescamente retorcido, de modo que su rostro se veía enseguida, nada más abrir el maletero. Era como si alguien hubiese jugado con su cuerpo igual que si éste fuese de arcilla a la que se podía dar cualquier forma.

Estaba en mangas de camisa, y ésta se hallaba empapada en sangre, no sólo por la que había brotado de las heridas evidentemente de puñal que el hombre había recibido en el pecho, sino por la que había brotado, en más abundancia, del tremendo tajo que tenía en la garganta. Lo habían degollado bestialmente, con un solo golpe fuerte y seguro. Es decir, que era un clásico «trabajo» realizado indiscutiblemente por un profesional.

La chaqueta del muerto estaba junto a éste, tirada de cualquier manera en el amplio maletero. Brigitte se inclinó, introdujo con

cuidado los dedos entre la ropa, y localizó la billetera, que retiró sin brusquedades. La abrió. Contenía dinero, una factura de hotel, un par de sellos de correo, y un permiso de conducir a nombre de Samuel Sanders, estadounidense, treinta y seis años, con domicilio en Cherryfield, estado de Maine, USA.

Tras colocar la billetera donde la había encontrado, Brigitte cerró la tapa del maletero, y, por supuesto sin haber perdido la serenidad en ningún momento, e incluso sin que el menor sobresalto hubiera alterado su pulso, emprendió el regreso a su apartamento.

Cuando entró en éste, Peggy acudió a su encuentro, con expresión solícita.

—¿Ha olvidado algo, señorita?

—Sí, una tontería. Continúa con tus cosas, no te preocupes.

Fue a su dormitorio, abrió el armario, y del doble fondo sacó el maletín rojo con florecillas azules estampadas que contenía sus trucos de espía, cada día más perfeccionados por el genial McGee, el jefe del Departamento de Armas Especiales de la CIA.

Pero, por el momento, Brigitte sólo iba a hacer uso de algo tan inofensivo como la pequeña radio de bolsillo, prefiriéndola en esta ocasión a la radio de más potencia que también tenía oculta en el armario, y que la comunicaba directamente con el puesto de mando de la CIA en el amplio New York Sector, al frente del cual se hallaba el veterano espía Charles Alan Pitzer, tío Charlie para Brigitte.

Con el diminuto punzón especial desplazó las pequeñas placas de modo que la onda secreta y privada quedó establecida. Acto seguido, apretó el pequeño botón de llamada. La respuesta se demoró no menos de doce segundos, pero la voz que oyó era la que esperaba y deseaba oír.

—¿Sí?

—Tío Charlie, tengo un pequeño problema… ¿Dónde puedo llevar el coche para que lo reparen rápido y bien?

—¿Lo va a conducir usted o prefiere que le envíe un mecánico experto?

—No, no, yo misma conduciré. El paquete que hay dentro del coche es inofensivo.

—Entiendo —murmuró Pitzer—. Bien, vaya al punto E-319 y allí veremos qué se puede hacer. ¿Algo más?

—Sí. Me gustaría saber algo sobre un tal Samuel Sanders, estadounidense, residente en Cherryfield, Maine, blanco, de unos treinta y cinco años.

—De acuerdo. Nos veremos dentro de una hora aproximadamente. ¿Le parece bien?

—Por supuesto. Allí estaré.

Cortó la llamada, guardó la radio en el maletín, cerró éste, y, sujetándolo con la mano izquierda, abandonó el dormitorio.

Le gustaba de modo especial el punto E-319 del plano reticular del Sector porque estaba en el campo.

Capítulo II

En apariencia era un chalé normal y corriente, con un bonito jardín rodeándolo y especialmente amplio en la parte de atrás, a la que se podía llegar con el coche por el sendero de grandes losas entre las cuales crecía la hierba. Aquí fue donde detuvo por fin su coche la señorita Montfort. Ya habían aparecido tres jóvenes atléticos que casi se pelearon por tener el privilegio de abrirle la puerta a la espía más linda del mundo, que salió del coche riendo.

—No se peleen —dijo—. Puedo apearme tres veces, y así cada uno de ustedes me abrirá una vez.

Los tres agentes de la CIA se quedaron mirándola fascinados. Unos pasos más allá, Pitzer soltó un gruñido, y acto seguido dijo:

—Entrégueles las llaves del coche, y ellos se harán cargo del paquete… Tengo una mala noticia para usted.

Brigitte se quedó mirando al ya casi anciano tío Charlie. Eran muchos años de espionaje, de lucha, de tensiones… Pero el viejo espía lo había prometido, y lo estaba cumpliendo: él no se retiraría del espionaje hasta que lo hiciera también Brigitte…, o la muerte lo atrapase estando en activo.

Pero de momento pareció que Pitzer se desentendiese de Brigitte, pues cuando ésta entregó las llaves del coche a los Simones, se fue con ellos. Uno de los agentes alzó la tapa del maletero, y Pitzer movió la cabeza al ver el cadáver y el modo en que lo habían degollado tras martirizarlo con numerosas puñaladas.

—Prepárenlo para cuando llegue la furgoneta —murmuró.

Se dirigió hacia Brigitte, la tomó de un brazo, y quiso caminar hacia la casa, pero ella seguía mirándolo fijamente, y ahora sí se la veía alterada.

—¿Era un Simón? —susurró.

—Vamos adentro, y tomaremos un aperitivo.

—Tío Charlie: ¿era un Simón, era uno de mis muchachos?

—Sí. —Pitzer la miró directamente a los ojos, sin poder ocultar su tensión—…, pero por él ya no tiene objeto preocuparse. Quien me preocupa ahora, y mucho, es usted. Es evidente que quien ha asesinado a Samuel Sanders —señaló hacia el vehículo— y lo ha metido en el maletero de su coche sabe que usted es la agente Baby. O por lo menos, sabe que usted trabaja más o menos asiduamente para la CIA. Y está bien claro que, sea quien sea, no es amistad lo que siente hacia usted…, ni hacia la CIA.

—Le cortaré el cuello —susurró Brigitte.

—Espero que sea así…, pues si no ocurre eso significaría que sería él quien llevaría la mejor parte. ¿Tiene idea de quién puede ser?

—Un bromista.

—Bromista. Ya. Bueno, vamos adentro y explíqueme qué ha ocurrido. Mientras tanto, vamos a esperar que desde la Central nos envíen más información sobre Samuel Sanders…, sobre Simón-Maletero, quiero decir. Por el momento, todo lo que pudieron decirme de urgencia es que era de los nuestros.

Entraron en la casa, donde otro agente se asomaba al pasillo para tener el placer de contemplar a la agente Baby, la cual consiguió sonreírle; el agente de la CIA sonrió también, y volvió a su puesto ante la radio instalada en una de las habitaciones.

Brigitte se sentó en el sofá de la salita, y encendió un cigarrillo. Pitzer fue al pequeño bar instalado en un rincón, sirvió dos martinis secos, y fue a sentarse junto a Brigitte, tendiéndole una de las copas.

—Se nos han terminado las aceitunas —dijo.

Brigitte bebió un sorbito. En aquel momento llegaba una camioneta, que pudo ver fugazmente por una ventana. El cadáver ya debía de estar envuelto en una lona. Sería cargado en la camioneta que lo llevaría al lugar adecuado, y punto final.

El lugar adecuado. Punto final.

—¿Y bien? —inquirió Pitzer.

Ella procedió a explicarle lo sucedido desde que había recibido la llamada telefónica mientras se bañaba.

Cuando terminó, Pitzer estaba encendiendo su pequeña pipa. Expelió el humo, frunció el ceño, y dijo:

—A cualquier otra persona le diría que lo de la llamada

telefónica y lo del coche no tiene por qué estar relacionado…, pero sé perfectamente que si usted lo ha sentido así es porque es así… ¿No se le ocurre todavía cuál era ese ruido de fondo?

—No. Pero tarde o temprano lo identificaré, me vendrá a la memoria de qué o por qué ese rumor de fondo me es familiar.

—Estoy seguro de eso.

Se oyó el chasquido de la puerta del chalé. Aparecieron los tres agentes que se habían encargado de empaquetar el cadáver de Samuel Sanders, es decir, de Simón-Maletero.

—Terminado —dijo uno de ellos.

—Uno de ustedes vaya en la camioneta con el conductor —dijo Pitzer—. Los otros dos, quédense. Pero ahí fuera y con los ojos bien abiertos.

—Sí señor.

Los tres volvieron al exterior. Brigitte murmuró:

—O sea, claro, que si alguien me está controlando ya conoce este lugar como uno de los enclaves operativos de la CIA, lo cual significa que habrá que abandonarlo.

—Podemos habilitar mil enclaves operativos en mil lugares distintos —encogió los hombros Pitzer—…, pero sólo tenemos una Baby. En mi opinión…

—No.

—No… ¿qué? —Se mosqueó Pitzer.

—Que mi respuesta a su opinión es NO.

—Usted no sabe lo que yo iba a decir.

—Claro que lo sé, tío Charlie —Brigitte le dio una palmadita cariñosa en una rodilla—… En su opinión lo mejor que yo podría hacer, dadas las circunstancias, es ocultarme mientras mis Simones se ponen a trabajar en el asunto hasta resolverlo. ¿No es ésa su opinión?

—No me negará que es una opinión sensata.

—Sí, pero no es la adecuada para mí. Y usted lo sabe.

—De acuerdo —se resignó el jefe del New York Sector de la CIA — pero yo tenía que intentarlo.

Afuera se oyó de nuevo el rumor de la camioneta, y Brigitte volvió a verla fugazmente por la ventana, ahora saliendo del jardín, en el cual permanecían dos de los Simones, vigilando. El agente encargado de la radio apareció de nuevo, mostrando un papel en el

que había tomado de cualquier manera unas notas. Pitzer le hizo un gesto reclamando el papel, y el agente se lo entregó. El veterano espía miró el papel, y luego, con el ceño fruncido, al agente.

—¿Se lo traduzco? —ofreció éste, sonriendo.

—De otro modo no nos enteraríamos de nada —masculló Pitzer.

—Por el momento, la Central nos ha enviado solamente estos datos —el agente agitó el papel—, pero si Baby lo desea pueden enviarle un *dossier* completo. Mientras tanto, esto es lo que hay: Samuel Sanders estaba encargado de la vigilancia de un tal Brandon Farrow, un compositor de canciones de amor que tiene entrevistas secretas con un tal Dimitri Ronov, un diplomático ruso agregado a las Naciones Unidas y residente en la embajada rusa de Nueva York.

Hubo unos segundos de silencio. Por fin, Brigitte murmuró:

—Según eso, Samuel Sanders debería estar ahora vigilando a Brandon Farrow.

—Exactamente.

—¿Y dónde vive ese Farrow?

—En Hampton Beach, New Hampshire. La Central espera que usted tome una decisión al respecto: si se encarga del asunto, bien está. Si no lo hace usted lo harán ellos, empezando, en primer lugar, por enviar alguien que se encargue de recuperar la pista de Farrow y del ruso, pues se teme que ambos hayan desaparecido.

—¿Y eso por qué? —se sorprendió Brigitte.

—Bueno, se ha dado por supuesto que la muerte de Sanders está relacionada con esos dos, así que…

—Qué tontería —rechazó casi enfadada Brigitte.

—¿No podría ser? —Farfulló el agente—. Tenga en cuenta que el compositor de canciones y el diplomático ruso sin duda están dedicados a alguna actividad relacionada con el espionaje, así que…

—¿Qué? ¿Se dan cuenta de que un agente de la CIA los está vigilando y entonces lo degüellan y meten su cadáver en el coche de la agente Baby?

—Claro que no —farfulló de nuevo el agente—. No pueden ser tan rematadamente imbéciles. Lo siento, todos decimos alguna tontería de cuando en cuando.

—Y otros incluso las hacen, además de decirlas —asintió Brigitte —. Me refiero a quien ha tenido la idea de ponerme en el coche el

cadáver de uno de mis Simones. Supongo que hay alguien en Nueva York encargado de la vigilancia de Dimitri Ronov.

—Desde luego.

—Que sigan vigilándolo. Sólo eso, sin intentar contactos con él, ni, mucho menos, detenerlo. Pero quiero una vigilancia de primera clase, y lo mismo con Farrow, claro está. En cuanto al informe de todo cuanto sabemos hasta ahora referente al asunto Farrow-Ronov, que nos lo envíen a la mayor brevedad a Nueva York. En cuanto usted lo reciba me pasa aviso, tío Charlie.

—Muy bien. ¿Y ahora?

—Voy a volver a casa —Brigitte sonrió gélidamente—… No quiero que mi silencioso amigo del teléfono me pierda de vista y se ponga nervioso.

—Sigo pensando que usted debería desaparecer de escena.

—Ya sé que eso es lo sensato. Pero dígame, tío Charlie: ¿cuándo me ha visto usted hacer lo sensato?

—La verdad es que pocas veces —gruñó Pitzer—, pero me gustaría que ésta fuese una de ellas.

—Siento no complacerle, pero usted ya sabe que quien me busca me encuentra. Sobre todo, después de haber asesinado a uno de mis Simones.

* * *

Viendo a la señorita Montfort nadie habría podido pensar que tuviera ninguna preocupación. Había dejado el coche en el garaje como si nada estuviese ocurriendo, había pasado por la conserjería para recoger su correspondencia, había conversado con su muy antigua vecina, la señora Carruthers (pobrecilla, había enviudado hacía apenas dos meses, lo que parece ser fatal para el sistema emocional cuando se tienen cumplidos los ochenta años de vida), y finalmente, sin prisas y sin inquietudes de ninguna clase, había subido a su apartamento.

Entró en éste, cerró la puerta, y se fue directa al salón, llevando en la mano izquierda el maletín y en la derecha la correspondencia y las llaves del apartamento. Entre unas cosas y otras se habían hecho las seis de la tarde, y, pese a todo, comenzaba a tener apetito. Era de esperar que Peggy estuviera en la cocina preparando una

suculenta cena. Y todavía sería más suculenta si, como hacía con frecuencia, y siempre haciendo alarde de su formidable apetito, Frankie se presentaba a cenar…, en el supuesto de que no estuviese todavía en Vail, Colorado, haciendo lo posible por romperse una pierna.

Peggy no estaba en la cocina. Estaba en el salón.

Se hallaba sentada en un sillón. Detrás de ella había dos hombres, uno de los cuales la tenía sujeta por los cabellos con la mano izquierda, mientras con la derecha empuñaba la pistola cuya boca mortífera apoyaba en la nuca del ama de llaves, la cual estaba pálida como un cadáver. El otro hombre también empuñaba una pistola, igualmente provista de silenciador, pero no apuntaba a Peggy, sino al pecho de Brigitte Montfort.

Ésta se detuvo, miró los desorbitados, aterrados ojos de su ama de llaves, y luego a uno y otro hombre, con una serenidad escalofriante, sin que ni sus facciones ni sus ojos se alterasen lo más mínimo. Volvió a mirar a Peggy.

—Tranquilízate —murmuró—. Todo se va a arreglar, querida.

—¿Usted cree? —preguntó uno de los hombres.

—Siempre hay un modo de arreglar las… diferencias entre personas inteligentes. ¿Ustedes son inteligentes?

—Creemos que sí —rió el que sujetaba a Peggy por los cabellos.

—Pues van a poder demostrármelo. ¿Alguna vez han visto una de esas películas en que alguien contrata a unos asesinos para que maten a otra persona, y esa persona, para salvar su vida, les ofrece a los asesinos el doble que quien les ha contratado?

—Sí, hemos visto alguna —dijo el otro—. O sea, que usted va a ofrecernos el doble. Es muy lista. Es tan lista que enseguida ha comprendido que somos profesionales en esto. ¿Puede decirme cómo es usted tan lista, cómo sabe tanto de estas cosas, señorita Montfort?

—Ustedes son profesionales, eso lo vemos enseguida los que sabemos algo de esto. Pero no son profesionales del espionaje, sino solamente del asesinato por encargo. ¿Es así?

—Oiga, es usted muy lista, ¿eh? —Gruñó el hombre.

Brigitte se sentó en el sofá, abrió el maletín, y sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno, miró a ambos sujetos, y preguntó:

—¿Cómo se llaman ustedes?

—Antes le mentimos a la rubia diciéndole que nos llamamos Simón, pero en realidad somos Batman y Robin —rió el que la apuntaba a ella con gesto amenazador—… Yo soy Batman, claro.

—Diez millones —dijo Brigitte.

—¿Qué?

—Diez millones de dólares. Para cada uno. Y todo lo que han de hacer es decirme quién les ha enviado y marcharse sin lastimar a Peggy. Ni a mí, se entiende.

—Ya nos advirtieron que es usted una pájara de cuidado —masculló Robin—, y que no nos confiáramos dijera lo que dijera e hiciera lo que hiciera.

—¿Y qué más les dijeron de mí?

—Lo suficiente. Quítale el maletín… No me fío de ella. Esto lo había dicho Robin.

Batman se acercó a Brigitte, que tenía el maletín abierto sobre las rodillas, y se dispuso a quitárselo, pero ella se adelantó cogiendo el cepillo para el cabello y amenazando al hombre con él en alto, como si fuese una cachiporra o cualquier otra arma contundente.

—¡Aparte sus manazas de mis cosas! —exigió la bellísima, evidentemente dispuesta a golpearle con el cepillo.

Batman se echó a reír, adelantó la pistola hasta que la boca del silenciador se apoyó en la nariz de Brigitte, y dijo:

—Será mejor que te estés quieta, gatita, o te voy a chamuscar los bigotes. Le hizo gracia su chiste, así que se echó a reír, secundado por su compinche Robin.

Peggy seguía quieta, rígida y palidísima, con los desorbitados ojos paralizados por el más puro, simple y genuino miedo.

Batman colocó el maletín sobre una mesita, y removió su contenido con su velluda mano izquierda. Por supuesto, no encontró nada que fuese revelador para él. Volvió a mirar a Brigitte.

—Conque diez millones de dólares para cada uno, ¿eh?

—Eso he dicho.

—¿Y si ya nos pagasen esa cantidad por liquidarla?

—No diga estupideces. Nadie pagaría esa cantidad a dos patosos como ustedes.

—¿De qué te las das tú? —Gruñó Robin—. Ya sabemos que eres una gran periodista y que debes de ganar mucha pasta, pero menos humos con nosotros, guapita, o te violamos con las pistolas,

¿comprendes? ¿O prefieres que te violemos de la otra manera, que es más gozosa?

—Veinte millones. Para cada uno.

—Tú estás loca —gruñó Robin.

—Treinta millones —subió impávida la oferta la espía—. Y nada de violaciones: podemos hacer las cosas de un modo mucho más satisfactorio para todos.

Se puso en pie tras dejar el cepillo para el cabello sobre el sofá, y, rápidamente y ante la mirada en parte desconfiada y en parte atónita de los hombres, procedió a desnudarse. Cuando terminó, las miradas de ambos hombres eran sencillamente lúbricas.

Brigitte se pasó delicadamente una mano por el sexo.

—¿Quién quiere ser el primero? —Rió—. ¿O sólo sois unos desgraciados que no saben distinguir las buenas oportunidades de la vida?

—La madre que te… —jadeó Batman, dando un paso hacia ella.

—No, tú no, que tienes cara de castrado —se burló la divina—. Prefiero que primero me dé gusto tu amiguito Robin.

Los dos hombres estaban demudados y tensos, presos en la súbita lujuria que Brigitte les había activado. Robin gruñó algo, soltó los cabellos de Peggy, dejó de apoyar en su nuca la boca de la pistola, y también dio un paso hacia Brigitte, que volvió a reír, cogió el cepillo para el cabello, y lo deslizó por su cabeza, en un gesto que alzó sus hermosísimos pechos provocativamente…

Robin llegó ante ella, le puso la boca del silenciador sobre el seno izquierdo, y dijo:

—Ponte de rodillas y hazme una… Murió.

Murió con la mente llena de pensamientos lujuriosos, con su imaginación estimulada por lo que pretendía que la señorita Montfort le hiciera arrodillada ante él. Incluso cabe la posibilidad de que muriese feliz.

Murió, esto sí es seguro, rápida y misericordiosamente, porque el agudo estilete que apareció por el extremo del cepillo le acertó a la primera, con fortísimo impacto, en la sien izquierda. Fue talmente como si alguien hubiera accionado el conmutador que apagaba en su cerebro la luz de la vida. Ni tuvo tiempo ni habría podido evitar que la señorita Montfort, además de matarlo, le arrebatase con la mano izquierda la pistola…

Varios pasos más allá, Batman se llevó el sobresalto de su vida, hasta el punto de que por un instante olvidó que él tenía una pistola en la mano. Fue sólo un instante, un instante brevísimo, pero suficiente para la espía más peligrosa del mundo, la cual dio la vuelta al arma arrebatada a Robin y la apuntó hacia Batman.

Éste gritó entonces, terminó de alzar el brazo para apuntar a Brigitte precipitadamente, y disparó…, mientras la espía caía de rodillas y disparaba a su vez. La bala disparada por Batman se clavó en el respaldo del sofá. La bala disparada por Brigitte se clavó en pleno corazón de Batman, que lanzó un chillido que bien podría haber sido de un auténtico murciélago y saltó hacia atrás como en una cabriola espectacular de función de gala en un circo. Cayó de espaldas y cabeza, rebotó, giró grotescamente, y quedó tendido de bruces sobre la alfombra, manchándola con su sangre. Robin, que al desentenderse Brigitte de él dejando el estilete clavado en su sien, había quedado oscilando hacia su derecha, efectuó un sorprendente giro sobre sí mismo con graciosa flexión de rodillas, y rodó por el suelo, quedando cara al techo, con los ojos abiertos, pero apagados.

Brigitte tiró la pistola sobre el sofá, y corrió hacia Peggy, cuyos ojos parecían a punto de saltarle fuera del rostro. Brigitte la tomó cariñosamente por ambas mejillas.

—Tranquilízate —susurró—. Ya pasó, Peggy. Tranquila.

Peggy comenzó a temblar. Y de repente, rompió en un llanto verdaderamente impresionante.

* * *

—Tuve que comportarme como una ramera de baja estofa —dijo de pésimo humor Brigitte—… Pero no se me ocurrió ninguna otra cosa para conseguir que el que apoyaba la boca de su pistola en la nuca de Peggy dejara de hacerlo. Y eso era lo primero que tenía que conseguir antes de intentar cualquier cosa.

—Por supuesto —asintió Pitzer—. Muy propio de usted. En fin, desde luego no podemos llevárnoslos ahora, así que tendremos que esperar a la noche.

—Háganlo cuando les vaya bien. Ni Peggy ni yo estaremos aquí. Ella, porque quiero que dos o tres Simones se la lleven lejos en helicóptero, para que permanezca alejada de mí hasta que esto

termine. Y yo, porque me iré cuanto antes a Hampton Beach. Por algún sitio tengo que empezar.

Pitzer asintió, y se acercó a mirar los objetos que Brigitte había requisado de los bolsillos de Batman y Robin, los cuales había depositado sobre una mesita: las armas, llaves, encendedores, cigarrillos, billeteras con documentación…, y una pequeña radio de bolsillo. Batman y Robin se habían llamado en realidad y respectivamente James Nexer y Spencer Powells.

Pitzer movió la cabeza, cogió la radio de bolsillo, y se volvió mostrándola en alto.

—Una cosa no encaja con otra —dijo—. Si como usted dice eran asesinos de segunda categoría no tiene sentido que fueran provistos de una radio de primera calidad de fabricación alemana.

—Y estaba funcionando cuando yo la encontré.

—O sea, que quien envió a esos dos desgraciados quería oír lo que pasaba aquí.

—Sí.

—Tiene que ser un tipo curioso… ¿Cómo entraron estos dos en su apartamento?

—Engañaron a Peggy diciéndole que eran Simón y Simón y que tenían que ver a la señorita Montfort inmediatamente. Sin abrir la puerta, Peggy les contestó que yo no estaba, y ellos dijeron que me esperarían, pero que necesitaban contactar conmigo… En fin, que les abrió la puerta.

—¿Intentó usted comunicarse con el que escuchaba por la radio que llevaban ellos?

—No.

—¿Por qué no? ¡Podría haber intentado engañarlo de alguna manera…!

—No. Sé que él no habría dicho ni una sola palabra. En cuanto a engañarlo, es poco probable. Él sabe que yo soy Baby.

—¿Y sabiendo eso envía a matarla a dos matachines de pacotilla? ¿Cómo se entiende eso?

—La verdad es que no lo entiendo. Y casi siento tentaciones de ahorrarme el viaje a Hampton Beach, pues no es posible que una cosa tenga relación con otra. Es más que posible que ese compositor de canciones y el diplomático ruso estén metidos en alguna pequeña trapisonda de espionaje, pero no en esto. Cielos, no puede haber

nadie tan rematadamente imbécil como para provocarme a mí de este modo a menos que se sienta a salvo, desconocido y libre de movimientos.

—Son las… siete y diez —dijo Pitzer, tras mirar su reloj—… El informe sobre el músico y el diplomático debe de estar a punto de llegar. Podemos recogerlo y partir hacia Hampton Beach inmediatamente. Puesto que de todos modos…

—Un momento —se pasmó Brigitte—… ¿He entendido bien? ¿Pretende usted acompañarme?

—Me ha parecido una buena idea.

—Pues a mí me parece pésima. Olvídela. Yo recogeré esos documentos, y me iré con ellos, en coche, hacia New Hampshire, sea la hora que sea. Puesto que de todos modos tengo intención de estar fuera de casa varios días, puedo empezar esta misma noche, alojándome en Hampton Beach o en cualquier hotel o motel de carretera.

—Es muy posible que la persona o personas que están detrás de todo esto se enteren de su viaje…, e incluso de su paradero.

—Zambomba —puso cara de cómico espanto la agente Baby—, ¡no se me había ocurrido!

Capítulo III

Había casi cuatrocientos cincuenta kilómetros desde Nueva York a Hampton Beach, en el estado de New Hampshire, lo que no era precisamente un simpático paseo.

Por supuesto, en circunstancias normales Brigitte se habría trasladado a Hampton Beach en helicóptero, ahorrándose no poco tiempo y todavía más molestias. Pero las circunstancias no eran en absoluto normales, y, puesto que su seguridad personal tenía preferencia, lo del viaje en coche no era ninguna tontería.

En primer lugar, porque nadie esperaría que la agente Baby se limitase a meterse en un coche —que no era el suyo, naturalmente, sino uno proporcionado por la CIA— y marcharse de Nueva York. Y en segundo lugar, porque seguir o perseguir a la señorita Montfort en su propio terreno era una tarea digna de profesionales mejores que los que hasta ahora se le habían enfrentado.

Esto había tranquilizado muchísimo a Pitzer cuando Brigitte se lo expuso, así que no se había resistido más a que su amada espía se esfumase del escenario principal de la contienda, esto es, Nueva York, y se pusiera teóricamente a salvo marchándose a New Hampshire.

Sin embargo, al buen tío Charlie se le habrían puesto de punta los pocos cabellos que le quedaban si hubiera sabido lo que había hecho Brigitte en cuanto se separaron después de hacerse ella cargo de una copia de la documentación referente al caso Farrow-Ronov.

Pregunta: ¿qué hizo Brigitte después de separarse de Pitzer dejando a éste bastante tranquilo respecto a su seguridad?

Respuesta: Brigitte dejó estacionado donde pudo el coche proporcionado por la CIA, regresó adonde había dejado el suyo, se puso al volante, y emprendió lentamente el camino hacia Hampton Beach, escuchando música de Rimsky Korsakov por la radiocasete del coche.

Pregunta: ¿había contraído la señorita Montfort una locura suicida?

Respuesta: la señorita Montfort sabía ya que alguien estaba jugando con ella, y había decidido seguir el juego.

A todo esto, eran casi las nueve de la noche cuando Brigitte abandonaba la zona de influencia de New York City, circulando ya por la estatal noventa y cinco y acercándose a la frontera con el Estado de Connecticut. No había cenado, y, salvo imprevistos, tenía pensado detenerse en un pequeño parador cerca de Fairfield adonde había ido alguna vez en compañía de Frank Minello, que era un lince para detectar buenos y simpáticos restaurantes.

Por cierto, que le sorprendía que Frankie no la hubiera llamado, por mucho que se estuviera divirtiendo esquiando en Vail, Colorado. Aunque era mejor así, pues si Frankie se enteraba de que habían pretendido matarla lo dejaría todo para acudir a su lado. Y se enteraría, porque cuando llamase a su apartamento y ni ella ni Peggy contestaran era seguro que llamaría a Pitzer, el cual, sin vacilar, haría venir a Minello, sabedor de que éste incluso daría la vida por Brigitte, y amigos así hacen falta cuando alguien está en trance de ser asesinado por desconocidos.

Desconocidos de baja estofa.

Desconocidos de baja estofa que procedían de algún lugar que Brigitte conocía. Aquel ruido de fondo mientras atendía la llamada desde la bañera… Estaba segura de que el silencioso comunicante estaba en un lugar que ella conocía, de un modo u otro. Estaba segura.

Terminó la música de Rimsky Korsakov, y, tras unos pocos minutos más de viaje en silencio, Brigitte llegó al parador donde, aunque tardíamente, pensaba cenar a capricho. El parador se llamaba The smiling frog, es decir, La rana simpática, o sea, un nombre simpático para un lugar donde se comía simpáticamente.

«—Y ahora que lo pienso —se dijo Brigitte, frenando el coche—, el propietario tiene cara de rana simpática».

Casi rió. No hay que perder el humor, aunque alguien pretenda liquidarlo a uno. Paró el motor del coche, apagó las luces de posición… En la pequeña explanada frente al parador había media docena de coches, y, en aquel momento, llegaba otro, procedente del norte, es decir, en dirección opuesta a la que había llevado

Brigitte. La noche era hermosa, estrellada, aunque algo fría. El pequeño estacionamiento y la carretera se teñían de rojo con el letrero de neón que simulaba una rana. Al otro lado de la carretera, el mar. Detrás del parador, una charca donde solía haber ranas.

A veces todo es perfecto, consecuente, lógico.

Del automóvil que había llegado casi al mismo tiempo que Brigitte se apeó una pareja, que parecían de muy buen humor. Ella era rubia, muy bonita, y él medía no menos de metro ochenta y cinco, y, sin la menor duda, era un atleta. Por un instante, Brigitte tuvo una de aquellas súbitas nostalgias de Número Uno, pero decidió no distraerse con pensamientos agradables y gratificantes. No podía relajarse: en cualquier momento, si habían conseguido mantenerla localizada, intentarían de nuevo matarla.

Es decir, seguirían con el juego.

Entró en el parador, ambientado con grata iluminación y calefacción. Se sentó a una de las mesas colocadas junto al ventanal, dejó el maletín en la silla contigua, y encendió un cigarrillo. El propietario del parador, el sujeto con cara de rana simpática, se acercó a ella y la saludó con deferencia, aunque sonriente; la recordaba perfectamente. Brigitte pidió la cena, apagó el cigarrillo en el cenicero, y se puso en pie. Al estacionamiento no había llegado ningún coche más.

Mientras se dirigía a los servicios, y con su grandísima discreción de veterana espía, examinó de nuevo los rostros de las personas que ocupaban varias mesitas, casi todos tomando café o una copa. Los únicos que también pedían algo de comer eran la hermosa pareja formada por la rubia y el atleta.

Brigitte entró en los servicios, donde procedió a lavarse las manos. Muy bien: a ver quién más había en el comedor cuando ella regresara.

No había nadie más. Las mismas personas ocupadas en lo mismo. A la pareja de guapos les habían servido unos bocadillos calientes con cerveza para él y Coca-Cola para ella. Qué horror, Coca-Cola con un bocadillo de salchichas. Cielos, qué absoluto horror: si se piden salchichas se pide cerveza. ¿O no?

La cena de Brigitte consistía en una ensalada, un plato compuesto de pescado variado, y, ciertamente, champán. ¿Por qué privarse de nada, si a lo peor diez minutos más tarde la habían

asesinado?

Pero no fue así. Cenó plácidamente y a su entera satisfacción. Algunas personas se habían ido, y otras habían llegado a tomar café, un par pidieron bocadillos, otros *whisky*… A decir verdad, la señorita Montfort estaba decepcionada.

Hasta que, de pronto, llegó a la conclusión de que si alguien la había seguido, debía de estar esperando que saliera del parador para regresar a su coche. Ése era un buen momento para atacarla: saldría relajada, calentita, bien comida, deslumbrada por la luz del comedor y de la rana de neón…

Muy bien. Pidió la cuenta, pagó, cogió el maletín…, y de pronto, como quien se reprocha olvidar algo importante, se dirigió hacia el fondo del local, de nuevo a los servicios. Sabía que al final del pasillo había una puerta que daba a la parte de atrás, es decir, al lugar donde se hallaba la charca con ranas. Si salía por allí, podía rodear el parador, y, oculta entre los cercanos árboles, examinar el terreno.

Perfecto.

Pero, cuando se disponía a desviarse hacia el fondo del pasillo, oyó los pasos tras ella, así que continuó hacia los servicios, en los que entró, pues no quería que nadie la viese abandonar el parador por la puerta de atrás. Tras ella entró la joven y bella rubia, que le sonrió. Brigitte sonrió a su vez, y entró en una de las cabinas, como dispuesta a realizar una seria función fisiológica. Eso daría tiempo a la rubia a terminar de lavarse las manos y marcharse.

Se encerró en la cabina. Afuera, se oía el agua de uno de los lavabos. Cesó de oírse. Brigitte oyó el taconeo de los zapatos de la rubia…, pero no alejándose hacia la puerta, sino acercándose.

Y justo en el momento en que Brigitte pensaba que la rubia también se disponía a utilizar una de las cabinas higiénicas, la puerta de la suya se abrió, de repente y con fuerte tirón.

La sorpresa fue mutua.

Brigitte, ciertamente, no esperaba el ataque por parte de aquella persona. Y la rubia, que esperaba encontrar a Brigitte sentada en la taza del inodoro, la vio de pie y de costado con respecto a ella, muy cerca.

La que reaccionó con menos serenidad fue la rubia, que respingó y quiso desviar hacia Brigitte la pistola con la que había apuntado

hacia la taza del inodoro al mismo tiempo que abría la puerta. La espía no le dio tiempo a nada: con el canto de la mano izquierda golpeó la muñeca de la mano armada de la rubia, haciendo saltar la pistola, que cayó al suelo con seco crujido. Con la mano derecha, tras soltar el maletín, Brigitte agarró a la rubia por la nuca y la hizo entrar violentamente en la cabina, lanzándola de cara contra la pared del fondo.

La rubia se golpeó de rodillas contra la taza del inodoro y de cara contra la pared, y gimió contenidamente mientras perdía el equilibrio.

Brigitte la ayudó a conservarlo, agarrándola con el brazo izquierdo por la garganta, por detrás, en una fortísima presa de estrangulación. Pasando el brazo derecho hacia delante, tapó con la mano la boca de la rubia, fuertemente.

—Quieta —susurró—… Quieta o te rompo el cuello.

Para demostrar que podía hacerlo, con la mano derecha obligó a la rubia a mover la cabeza hacia ese lado, sin dejar de tapar su boca. Era una presa mortífera, la preferida de Número Uno cuando quería matar rápidamente y en completo silencio. El único ruido que podía oírse era el crujir de las vértebras de la víctima de la terrible presa.

La rubia quedó como paralizada.

—Quiero que me digas quién os ha contratado —susurró de nuevo Brigitte—. Si no me lo dices inmediatamente, te mato.

Apartó la mano de la boca de la rubia, para permitirle hablar. La rubia reaccionó entonces, y no como le convenía a Brigitte…, ni a la propia rubia. Lo que hizo fue intentar morder la mano de Brigitte que se apartaba de su boca, pero su gesto fue captado por la espía, que apartó la mano más rápidamente.

Al mismo tiempo que lanzaba el feroz mordisco, la rubia se revolvía como una fiera, girando con tal fuerza que se desprendió casi completamente de la presa del brazo izquierdo de Brigitte. Y, al mismo tiempo, alzaba la pierna izquierda, metía la mano derecha bajo su falda, y agarraba la navaja abierta que llevaba sujeta al muslo por una goma elástica.

La mano izquierda de Baby, como un cepo, asió la muñeca armada de la asesina rubia. Y la derecha, rígida como si fuese de acero, se clavó talmente como un estoque en la garganta de la

profesional del asesinato, rompiéndolo y rasgándolo todo y matándola prácticamente en el acto. Los ojos de la asesina casi saltaron de las órbitas como en una explosión de dolor y de espanto, su rostro de desencajó, su boca se abrió en un horroroso gesto de crispación mortal.

Y eso fue todo lo que pudo hacer un instante antes de morir.

Brigitte la sentó en el retrete, acomodándola de modo que no cayera, pero en forma indudablemente grotesca, y, tras recoger su maletín y la navaja de la rubia, salió de la cabina, cerró la puerta, y abandonó los servicios.

No importaba que la rubia hubiese muerto: todavía quedaba vivo el atleta, y con éste iría con más cuidado para conservarlo con vida.

Abandonó el parador por la puerta de atrás, que abrió sin problemas. Ya en el exterior, cerró la puerta, y se orientó rápidamente, mientras oía el croar de un par de ranas. Aunque no había allí ninguna luz, la iluminación indirecta era más que suficiente para ver todo el terreno, que recorrió por entre los robles. Tardó menos de dos minutos en llegar al lugar desde donde podía contemplar perfectamente todo el estacionamiento.

El atleta estaba en su coche, sentado ante el volante, fumando. Es decir, que daba por sentado que la rubia iba a matar a la víctima que les habían señalado, y que en breve se reuniría con él, para marcharse ambos de allí tan tranquilos dejando en un retrete nada menos que el cadáver de la agente Baby.

Esto molestó muchísimo a Brigitte. ¡En un retrete! ¡Qué asquerosidad, morir sentada en un retrete! Verdaderamente, los asesinos que la estaban acosando no tenían la mínima categoría. Estaba muy, muy, muy enfadada.

En cambio, el guapo atleta se estaba impacientando. Brigitte no, ella no se impacientaba en absoluto. Simplemente, esperaba. Y lo que esperaba sucedió tan sólo cuatro minutos más tarde: el atleta, que había mirado su reloj varias veces en tan corto espacio de tiempo, salió del coche, con un gesto nervioso, de impaciencia, y se dirigió hacia el parador.

Perfecto.

Ahora entraría, diría que iba a los servicios él también, y bien seguro que pronto encontraría a su amiguita sentada en el retrete.

Perfecto.

Era lo que había estado esperando Brigitte, que abandonó su escondite corriendo hacia el coche de la pareja asesina, y entró rápidamente en la parte de atrás, encogiéndose entre estos asientos y los respaldos de los de delante.

El atleta salió del parador apenas minuto y medio después. Parecía normal. La luz roja de la rana de neón provocaba sombras en sus facciones, que se le vieron mejor cuando volvió la cabeza para mirar hacia donde permanecía el coche de la señorita Montfort. Sí, parecía normal, pero Brigitte captó perfectamente su contenida crispación, su alarma. Estuvo unos segundos mirando el coche de Brigitte. Luego, despacio, miró hacia la relativa oscuridad del bosquecillo de robles que había a ambos lados del parador y se extendía por detrás.

El hombre podía hacer dos cosas: una, dar por sentado que la señorita Montfort había escapado a pie y ya estaba muy lejos de allí y, por tanto, marcharse él también, por supuesto dejando abandonada en el retrete a su amiguita; dos, considerar la posibilidad de alcanzar todavía a la señorita Montfort y ponerse a buscarla por entre los robles, o quizá por la carretera.

La más lógica y juiciosa era la primera, y, efectivamente, ésa fue la decisión que tomó el sujeto.

Regresó a su coche, se sentó ante el volante, se dispuso a dar el encendido…

—Ponga las manos sobre el volante —ordenó Brigitte desde atrás, fríamente—. Y si quiere reunirse con su amiga en el infierno sólo tiene que dárselas también de listo.

Demudadas las facciones, el hombre puso las manos sobre el volante, mientras por medio del retrovisor buscaba a la inesperada invitada.

—¿Cómo ha podido hacerlo? —susurró—. ¿Cómo ha podido vencer a Mirna Mae?

—Yo haré las preguntas. Quiero…

—Pero usted es Brigitte Montfort, ¿no? —exclamó el hombre.

—Le contrataron a usted para matarme, ¿no es así? ¿Acaso no está seguro de a quién tiene que matar?

—Pero… ¡usted es Brigitte Montfort! ¿Cómo ha podido hacer eso?

—O sea, que usted no sabe quién soy además de Brigitte Montfort.

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo se llama usted?

—Percy Tools.

—Muy bien, Percy, no suelo hacer tratos con asesinos profesionales, pero la vida hay que tomarla con una buena dosis de ductilidad, de modo que hoy es el día de hacer una excepción. Éste es mi trato: dígame quién les contrató para matarme y me las arreglaré para convencerme a mí misma de que debo dejar en libertad a un asesino. ¿Quién les contrató?

—Un chino.

—¿Qué chino?

—Maldita sea, no lo sé, era un chino, eso es todo. ¡Para mí todos los chinos son iguales!

—No sea estúpido, no hay ningún chino igual a otro, y usted tiene que saber…

Se oyó un leve chasquido, y el respaldo del asiento de atrás se proyectó fuertemente hacia delante, empujando con gran violencia a Brigitte, que chocó contra el asiento delantero con el vientre mientras su cabeza se vencía hacia atrás debido a lo inesperado y brusco del desplazamiento. Percy Tools giraba ya hacia ella, y cuando la cabeza de Brigitte, tras la brutal sacudida hacia atrás, iba hacia delante, el asesino terminó de girar, con la mano derecha asió a Brigitte por los cabellos, y con la izquierda, convertida en enorme y poderosa garra, la asió por la garganta.

—Ahora verás —jadeó—… ¡Puta de mierda, has matado a mi…!

Cuando está en juego la vida no hay que distraerse.

Sobran las palabras, las amenazas, cualquier actitud o gesto que no esté relacionado directa e inmediatamente con la situación.

Brigitte sí se comportó en consecuencia.

Mientras Tools perdía tiempo, energías y control barbotando sus amenazas, la espía se las arregló para liberar el brazo derecho, que había quedado aplastado por su propio cuerpo contra el asiento, y, pasando la mano por encima de su cabeza, que Tools mantenía humillada, disparó la pequeña pistola de cachas de madreperla.

Ni siquiera tuvo tiempo de preguntarse si su disparo habría dado en alguna parte del blanco, pues Tools se relajó de pronto lo

suficiente para que ella se liberase enérgicamente de la fuerte y brutal presa.

Junto a ella, a su izquierda, vio el rostro de Tools, desencajado y como retorcido por el dolor. Su ojo izquierdo había reventado, y al resplandor rojo de la simpática rana de neón, ofrecía un aspecto espeluznante. Todo en la expresión de Tools indicaba que iba a lanzar un bramido de dolor, pero no tuvo tiempo, pues el cerebro terminó de morir en un segundo, a consecuencia de los destrozos causados por la bala que se había alojado en él penetrando por la cuenca del reventado ojo.

Simplemente, de pronto, Tools se relajó, y se ladeó hacia la portezuela. Brigitte lo retuvo, colocándolo luego de costado entre los dos asientos delanteros, de modo que no pudiera ser visto desde el exterior del coche a menos que alguien se acercara a propósito para mirar en el interior.

La rana simpática continuaba destellando en rojo. Y eso era todo.

¿Eso era todo?

Una vez más en su larga carrera de espía la señorita Montfort dio muestras de su gran inteligencia, de su mente lógica, de su rapidez de coordinación. Registró a Tools a toda prisa, pero no encontró lo que buscaba, es decir, la radio de bolsillo con el contacto en marcha. Ágilmente, pasó al asiento de delante, casi sentándose sobre el rostro ensangrentado de Tools, y abrió la pequeña tapa del salpicadero.

Allí sí estaba la pequeña radio. La cogió y la acercó a su oído. Ahora no oía nada, no se percibía aquel ruido de fondo que ella sabía que conocía. Pero sí se oía un sonido de ámbito grande, el sonido que se percibe cuando está efectuado el contacto pero nadie habla.

Brigitte se acercó ahora la radio a la boca, y preguntó:

—¿De verdad es usted chino?

Silencio.

—Sé que está usted ahí. En cuanto a mí, ya ve: todavía estoy con vida.

Silencio.

Silencio absoluto.

Ni siquiera una respiración. Nada.

Brigitte cerró la radio, se volvió para recoger su maletín, guardó en éste su pistola y la radio de Tools, y se apeó, emprendiendo el regreso a la parte de atrás del parador, al que entró. Recorrió el pasillo y apareció en el comedor talmente como si hasta entonces hubiera estado en los servicios. El propietario con cara de rana simpática la miró, ella le sonrió, y salió del parador, tan tranquila y natural como si, en efecto, tras la cena simplemente hubiera precisado utilizar los servicios.

Subió a su coche, desechando mentalmente la idea de recurrir a la radio o al teléfono para avisar a tío Charlie a fin de que se hiciera cargo de los dos asesinos.

¿Para qué, si no habían de encontrar ninguna pista por medio de ellos? Ya se harían cargo de sus cadáveres la Policía, y así tendrían para distraerse unos cuantos días.

Maniobró hasta alcanzar la carretera, por la cual siguió viajando hacia el norte. Es decir, en dirección a la procedencia de los asesinos Mirna Mae y Percy.

La cosa estaba clara: Mirna Mae y Percy debían de haberla adelantado al salir de Nueva York, mientras otra u otras personas la seguían a ella con otro coche. Desde éste, habían dado instrucciones a Percy y Mirna Mae por medio de la pequeña radio, que debían de tener orden de mantener encendida en todo momento. Así, en lugar de provocar su desconfianza llegando tras ella, la habían engañado llegando en dirección opuesta…

Pero ahora, en aquel mismo momento, era seguro que alguien seguía tras ella. De un modo u otro la estaban controlando. Y de repente, supo cómo.

—¡Pero serás boba…! —se recriminó a sí misma—. ¡Claro que te están controlando!

Sacó el coche de la carretera poco después, cuando divisó un arcén que se extendía más allá de lo normal, hacia un grupito de árboles. Frenó, paró el motor, apagó las luces, y, tras proveerse del pequeño bolígrafo-linterna que portaba en el maletín, se apeó y se tendió en el suelo, dirigiendo el delgado haz de luz hacia los bajos del coche.

No tardó más de cinco segundos en divisar el pequeño objeto que en el acto identificó como un emisor de señales. Con no pocas dificultades, consiguió llegar a él con la mano izquierda, lo

desprendió, y volvió a ocupar el asiento frente al volante del coche, a cuya luz interior examinó el pequeño artefacto. Lo conocía perfectamente: era un modelo bastante antiguo, de fabricación soviética, al que en la CIA habían puesto el apodo de «orejota rusa».

Tras breve reflexión, la espía americana tiró el emisor de señales entre los arbustos que había junto a los árboles, y reanudó la marcha. Ni se le ocurrió la absurda idea de esperar escondida para ver quién llegaba al lugar donde el pequeño artefacto seguía emitiendo sus señales de posición: naturalmente, sabían que la «orejota rusa» ya no viajaba, así que tomarían todas las precauciones imaginables.

Pregunta: ¿cabía la posibilidad de que la «orejota rusa» no fuese el único procedimiento para tenerla controlada?

Respuesta: cabía perfectamente esa posibilidad.

O sea, que los asesinos de Simón-Maletero no estaban lejos de la agente Baby en ningún momento.

Pregunta: ¿molestaba esto a la agente Baby?

Respuesta: todo lo contrario.

La señorita Montfort, de nuevo viajando por carretera hacia el norte, ya cerca de las once de la noche, acercó a su boca la radio confiscada a Tools, y preguntó:

—¿Quién prefiere: Beethoven o Brahms?

No obtuvo respuesta, de modo que, como a ella le venía de gusto escuchar a Beethoven, colocó en la radiocasete una cinta con grabaciones del inimitable creador de la Novena Sinfonía.

Porque ya se sabe: sólo lo mejor es bueno.

Capítulo IV

Ni siquiera eran las diez de la mañana cuando la señorita Montfort, ya duchada y tras desayunar en su habitación (pero no en la cama, qué horror), procedía a vestirse, inevitablemente utilizando la misma ropa del día anterior, ya que había salido de Nueva York sin equipaje. Se entiende a excepción del maletín rojo con florecillas azules estampadas, que contenía útiles de aseo y belleza, armas y explosivos, un par de pelucas y otros pequeños elementos de disfraz, pasaportes falsos, cincuenta mil dólares por lo menos, y, en fin, mil pequeños trucos, pero no vestuario. Todo tiene un límite.

Una simple y discreta llamada telefónica a su florista (un tal Charles Pitzer, de Nueva York) puso a la señorita Montfort en antecedentes de que, naturalmente, como siempre y sin novedad, le habían sido enviadas a su apartamento las rosas rojas de siempre. O sea, vamos, que tío Charlie no tenía ninguna novedad que ofrecerle.

La señorita Montfort dijo la gran mentira de que ella tampoco tenía novedad alguna que ofrecer, y, tras colgar, pulsó el botón de llamada de la radio de bolsillo de Percy Tools.

No obtuvo respuesta.

Ello significaba, sin la menor duda, que el silencioso comunicante también había optado por cerrar su radio la noche anterior, cuando lo hizo ella.

Pero no significaba, forzosamente, que no estuviera cerca y controlándola de un modo u otro.

Muy bien.

Hacia las diez y media de la mañana la señorita Montfort salía del Blue Bay Hotel, el mejor de Hampton Beach y situado frente al mar, en el cual se había alojado aquella madrugada, cerca de las cuatro.

Era viernes, hacía frío, pero lucía el sol. Un día agradable. Al menos así se lo parecía a la señorita Montfort, que pese a haber

dormido sólo cinco horas se sentía en plena forma. Tal vez sea cierto que el riesgo es un estímulo vital.

Tal vez.

O tal vez, simplemente, la señorita Montfort era una masoquista del peligro. Tal vez.

El mar invitaba a un paseo en cualquiera de aquellos hermosos yates surtos en el puerto deportivo, e incluso en una simple lancha con la que se podía gozar de la velocidad sobre aquel cristal líquido de bello azul-gris. También habría sido agradable simplemente sentarse en uno de los bancos del paseo marítimo, tan encantador con sus hermosos árboles y arbustos de flores. Claro, Hampton Beach es un lugar de alto nivel, no es un sitio donde puedan vivir gentes de bolsillos raquíticos.

Es decir que, indudablemente, el compositor de canciones románticas Brandon Farrow debía de estar ganando buenos dineros con sus baladas cariñosas. Nada que oponer a esto. A lo que quizá sí hubiera algo que oponer era a sus secretas y misteriosas relaciones con el diplomático ruso Dimitri Ronov.

A las once de la mañana la señorita Montfort estaba apostada en un discreto lugar cerca del precioso chalé en el que, según los informes, vivía el compositor. Se preguntó si aquel discreto lugar era el mismo que había estado ocupando Samuel Sanders, es decir Simón-Maletero, cuando fue asesinado, o, cuando menos, capturado, martirizado, y finalmente degollado.

Tras una dura mueca que no auguraba nada bueno para quien o quienes habían degollado al agente de la CIA, Brigitte invirtió algo más de una hora en examinar a fondo los informes que contenía la carpeta, no sólo sobre el compositor norteamericano Brandon Farrow, sino también sobre el diplomático ruso Dimitri Ronov.

Sobre el ruso se tenían muy pocos informes, pues hasta el momento nunca había llamado la atención. Era un hombre atractivo (a menos que las fotografías en color no fuesen exactas), de unos cuarenta años, de aspecto inteligente y sobrio… A la señorita Montfort le gustó el camarada Ronov, aunque, claro está, esto no significaba que el diplomático ruso fuese un angelito inocente. Sin ir más lejos, ella misma, que sí parecía un angelito inocente, era capaz de hacer cosas bastante más complicadas y crueles que degollar a un hombre.

Cerca de la una del mediodía, la señorita Montfort decidió que no la complacía en absoluto perder más tiempo. De modo que, tras colocarse una peluca rubia, unas lentillas de contacto de color verde, y alterar un poco su bello rostro con unos pocos rellenos de plástico esterilizado, simplemente se dispuso a visitar al romántico compositor de canciones.

El propio Brandon Farrow le abrió la puerta. Era hermoso, fuerte y de mirada directa y limpia. Más guapo que en las fotografías.

—¿Señor Farrow? —inquirió suavemente la rubia visitante.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo servirla?

—Me llamo Irina Petrovna, señor Farrow. Digamos que soy… amiga del camarada Ronov. Dimitri Ronov. ¿Lo conoce usted?

Brandon Farrow había palidecido. Estuvo tres o cuatro segundos como petrificado, contemplando los verdes ojos de la rubia. Por fin, se apartó lentamente del umbral, murmurando:

—Tenga la bondad de pasar.

Irina Petrovna entró en el chalé. Amplio, alegre, limpio, acogedor, elegante, sobrio, perfecto.

En la sala, adonde la condujo en silencio Farrow, había un piano Steiner, ubicado en un rincón que era, indudablemente, la zona de trabajo, pues solamente allí se percibía un cierto desorden: papeles pautados, libros, una guitarra, una mesita con una máquina de escribir… A la izquierda, adosada a la pared, una amplia chimenea con algunos troncos ardiendo. El lugar invitaba a quedarse.

—¿Dimitri está bien? —murmuró Farrow.

—Espero que sí.

—Me alegro. Mmm… Bueno, supongo que él no va a venir hoy, dadas las circunstancias.

—Pero he venido yo —sonrió la rubia.

—Sí… Claro. Ya veo. ¿Le apetece tomar algo?

—Tomaría con gusto un martini. Con un par de aceitunas. Pero usted no tiene ninguna obligación de invitarme, señor Farrow.

—No hay por qué convertir esto en una contienda…, ni en una tragedia. Le serviré su martini.

—Es usted muy amable. Y muy consecuente, al parecer. Por lo tanto, no dudo que nuestras relaciones se desarrollarán tan… armónicamente como entre usted y Dimitri.

Brandon Farrow se quedó mirando atónito a Irina Petrovna.

—¿Quiere decir… las relaciones… entre usted y yo? —murmuró finalmente.

—Claro. Tenga por cierto que aunque yo le sustituya esto no cambia las cosas con respecto a sus… beneficios. Es un simple cambio de contacto.

—Perdone —a Farrow le costaba evidente esfuerzo salir de su pasmo—, pero… ¿de qué está usted hablando?

—Yo no creo que sea tan difícil de comprender, señor Farrow: simplemente, lo que hacía usted con Dimitri lo hará conmigo a partir de ahora.

De pronto, para grandiosa sorpresa de Irina Petrovna, Brandon Farrow soltó una resonante y simpática carcajada. Acto seguido, exclamó:

—¡Me parece que no le gustaría!

—¿Cuál es la gracia del chiste? —Frunció el ceño Baby.

Farrow movió la cabeza, fue tras el pequeño mostrador curvado que delimitaba la instalación del bar, y sirvió martini en dos copas, en una de las cuales puso dos aceitunas. Fue a tender esta copa a Irina, y se sentó a su lado en el sofá.

—Salud —dijo alegremente.

—Salud. Espero que luego nos riamos juntos.

—¿Por qué no? —Farrow bebió un sorbo, sin dejar de mirar sonriente a su visitante—. ¿A qué se dedica usted exactamente en su embajada? Porque al principio he creído que formaba parte de una… especie de equipo de investigación de sus diplomáticos, pero me parece que no es así.

—¿Por qué no?

—Me da la impresión de que a usted no le gustaría que hiciéramos juntos lo que hacemos Dimitri y yo. Es más: me parece que usted no sabe lo que hacemos nosotros. A decir verdad, me parece que usted ni siquiera sabe exactamente a qué ha venido aquí, así que… no comprendo qué es lo que busca, señorita Petrovna.

—Simplemente, se trata de que los rusos no queremos privarnos de los beneficios que nos reportan sus servicios.

—¿Mis servicios? —Brandon volvió a reír—. ¡Usted es la persona más pintoresca y simpática que he conocido en toda mi vida, se lo juro! ¡Y no me diga que Dimitri les ha hablado de mis servicios!

—Naturalmente que sí.

—¡Naturalmente que no! Y eso me hace pensar… ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí y qué está pensando de Dimitri y yo, cómo se ha enterado de lo que sea? Porque usted, desde luego, no es de ningún equipo de vigilancia de la embajada rusa, ¿verdad? ¡Lo habría sentido mucho por Dimitri, no me gustaría que su carrera se viese comprometida!

—Es usted muy considerado.

—Bastante. Pero dígame: ¿quién diantres es usted y qué es lo que busca aquí?

—Ya le he dicho quién soy.

—Sí. Y quizá sea cierto, pero… Ése es Dimitri.

Acababa de oírse el timbre de la puerta. Brandon Farrow sonreía, y la falsa rusa tenía el ceño fruncido.

—De manera que lo estaba esperando hoy para almorzar juntos —murmuró Irina.

—Así es.

—Muy bien, pues vaya a abrir.

—Con su permiso.

Brandon Farrow abandonó la sala. Sentada en el sofá, copa de martini en mano, Irina Petrovna oyó abrirse la puerta, y enseguida la nueva voz masculina. La puerta se cerró. Hubo un silencio que se prolongó quizá medio minuto. Luego, Brandon Farrow y Dimitri Ronov aparecieron en la sala, cogidos de la mano. Ronov se sobresaltó al ver a Irina Petrovna, pero Farrow se limitó a reír de nuevo, mirando no poco divertido a la rubia. De pronto lívido, el ruso miró al norteamericano en demanda de una explicación, pero Farrow le hizo un gesto de espera, y volvió a mirar a la rubia.

Ésta movió la cabeza, terminó de un trago su martini, se apoderó de una de las aceitunas rellenas con un encantador gesto de sus bonitos labios, y se puso en pie. De pronto, le tocó a ella el turno de soltar una deliciosa carcajada. Cogió su maletín y se dirigió hacia la salida, deteniéndose frente a los dos hombres.

—La acompañaré a la puerta —dijo Farrow.

Un minuto más tarde, la falsa espía rusa Irina Petrovna se alejaba de allí en su automóvil, verdaderamente enfadada con el servicio se vigilancia de la CIA. Tan enfadada, tan ofuscada, que ni siquiera se paró a pensar que todavía llevaba la peluca rubia y las

lentillas de contacto de color verde. Es decir, que una persona que aparentemente no era la señorita Montfort estaba conduciendo el coche de la señorita Montfort…

—¡Dos homosexuales! —exclamó—. ¡La CIA vigilando a dos simples homosexuales y sin enterarse de que lo son, creyendo que son espías! ¡Maldita sea, y han movilizado a Baby para que haga el más espantoso ridículo de su carrera como reina del espionaje mundial!

Estaba enfadadísima. Tan enfadada que, de pronto, sin poder contenerse, soltó una carcajada. ¡Lo que se iba a reír Frankie cuando se lo contara!

De repente pero sin brusquedad, Brigitte frenó, acercando el coche al bordillo de la derecha de la amplia avenida residencial.

¿Por qué pensaba tanto en Frankie? Ciertamente, era su amigo más querido, y, aunque era un pesado, en los últimos días lo había encontrado a faltar, mientras él cumplía su trabajo periodístico en Vail, Colorado. Normal.

Pero ¿por qué pensaba tanto en él?

Y de pronto, lo supo.

—Oh, no —casi sollozó Brigitte Montfort… ¡Oh, no, a Frankie no! Simplemente, la agente Baby estaba sobrecogida de temor. Por lo demás, su mente había quedado en blanco. Solamente prevalecía el miedo por lo que pudiera ocurrirle a su querido amigo. Pero no podía quedarse allí paralizada por el temor, tenía que hacer algo… ¡Tenía que volver inmediatamente a Nueva York!

Se dispuso a dar de nuevo el encendido del motor, y, sin intención ni propósito alguno, su mirada se posó en el pequeño reloj que formaba parte del conjunto de instrumentos del salpicadero.

Las pequeñas manecillas marcaban las doce horas y cincuenta y ocho minutos.

Brigitte miró la hora en su relojito de pulsera. Eran las trece horas y veintidós minutos. Volvió a mirar el reloj del salpicadero. Estaba funcionando, pero era evidente que durante unos minutos había estado parado, por supuesto mientras ella estaba visitando a Brandon Farrow. Estaba segura de que al salir del coche para ir al chalé de Farrow, el reloj señalaba las doce horas y cincuenta y cuatro minutos. Y ahora señalaba las doce y cincuenta y ocho.

Es decir que, en veintiocho minutos, el reloj del coche había estado funcionando solamente cuatro, el tiempo comprendido entre las doce cincuenta y cuatro y las doce cincuenta y ocho.

Sin aspavientos, sin precipitación, pero a toda prisa y con agilidad que habría causado no poco pasmo entre sus amigos no espías, la agente Baby agarró su maletín, salió del coche, y se alejó, con la decisión de quien sabe adónde va y tiene urgencia de llegar allí.

En realidad, sólo se trataba de alejarse del coche cuanto más mejor. Sin embargo, recorridos un centenar de metros, la señorita Montfort se detuvo, se volvió, y se quedó mirando su automóvil. ¿Se había equivocado ella? Era muy posible. En este caso, estaba perdiendo un tiempo precioso, pues tenía que regresar a Nueva York a toda prisa…

El coche de la señorita Montfort estalló.

Se convirtió súbitamente en una bola roja que desprendió como una bocanada de fuego que ascendió velozmente hacia el cielo…, mientras el tremendo estampido de la bomba resonaba en la tranquila zona residencial. El coche saltó retorcido, elevándose un par de palmos, y volvió a caer. El crujido de chapa metálica, cristales triturados, y el de la propia explosión, resonó de un modo horroroso en toda la zona. Algunos cristales de las casas más cercanas reventaron en mil pedazos. El sol pareció apagarse brevemente mientras la negra nube de humo ascendía convirtiéndose rápidamente en hilachas, formando una insólita cenefa a contra-sol.

A más de cien metros de allí, inmóvil y lívida, vuelta hacia los restos de su automóvil, la señorita Montfort todavía recibió en pleno rostro el impacto de la caliente onda expansiva, que agitó sus falsos cabellos rubios y tiró de su ropa. Si hubiera estado dentro del coche habría quedado convertida en picadillo. O, como diría Frankie, en una hamburguesa pisoteada.

Todavía estaba inmóvil cuando de las casas vecinas, por fortuna no demasiado cercanas, aparecieron algunas personas, con una aterrada expresión en sus rostros. La señorita Montfort reaccionó, y echó a andar en dirección contraria a la que habría seguido de continuar viajando en su coche. Consecuencia de esto fue que, casi enseguida, viera a Dimitri Ronov y a Brandon Farrow, ambos muy

alterados en el porche del chalé propiedad del compositor.

Sin hacer caso a nadie ni a nada, ni siquiera al ulular de la sirena de un coche policial que se acercaba por alguna parte, Brigitte se acercó rápidamente a la casa de Farrow. Cuando llegó ante el porche, los dos hombres la estaban mirando como fascinados.

—¿Ha venido usted en coche, Ronov? —inquirió la rubia.

—Sí… Claro. Esta mañana conseguí permiso para…

—No hay tiempo para explicaciones. Nos vamos de aquí los tres. Y a toda prisa. Señor Farrow, cierre la puerta y…

—Espere un momento —se molestó el compositor—, esto no tiene…

—¿Ha oído usted hablar de Baby? —preguntó Brigitte, mirando a Dimitri Ronov.

El ruso respingó. Estuvo unos segundos mirando los verdes ojos de la rubia. Acto seguido, miró a Farrow.

—Simplemente, cierra la puerta y vámonos con ella —susurró—. Por favor, Brandon, ahora mismo y sin más discusiones.

El estadounidense asintió, entró en la casa, para salir enseguida con un llavín en la mano, cerró la puerta, y comenzó a caminar en pos de Brigitte y Ronov, que señalaba hacia donde había dejado su coche. Un minuto más tarde, se alejaban de la zona, Ronov al volante, Farrow a su lado, y la rubia en el asiento de atrás.

—Escuche —dijo el ruso, mirando a Brigitte por medio del retrovisor—, por supuesto que he oído hablar de usted, pero le aseguro que no tengo ni he tenido nunca nada que ver con esas actividades. Solamente soy un diplomático, ¿comprende?

—Tranquilícese —murmuró la rubia—. No tengo nada contra usted. Ni siquiera lo tendría aunque fuese usted un espía…, a menos, claro está, que hubiese degollado a mi compañero que les vigilaba. Y ya sé que eso no lo hizo usted.

—¿Quiere decir —jadeó Farrow, volviéndose a mirarla con los ojos casi fuera de las órbitas—… que han… degollado a alguien?

—Vamos hacia Nueva York —murmuró Brigitte—. Les dejaré antes de llegar allí, pero espero tener tiempo de hacerles comprender que, hasta nuevo aviso, lo mejor que pueden hacer los dos es ocultarse. ¿Tienen algún sitio donde hacerlo?

—Sí —asintió Farrow—. Tengo una cabaña de caza en…

—Espere. Dentro de un momento hablaremos. Ahora tengo que hacer una llamada.

En menos de medio minuto, utilizando su radio de bolsillo, Baby había conseguido contacto con el New Hampshire Sector de la CIA, a cuyo jefe pidió un helicóptero, dándole instrucciones respecto a la carretera en la que debían recogerla en su camino hacia Nueva York.

El camino de vuelta, ciertamente, sería mucho más rápido.

Capítulo V

Uno de los tres teléfonos que había sobre la mesa del despacho comenzó a sonar, y, como siempre, Frank Minello consultó con la mirada al sujeto que, de los tres que tenía allí como indeseados invitados, era sin duda el que llevaba la voz cantante.

—Deje que suene —ordenó una vez más el hombre.

—Alguien terminará por comprender que está ocurriendo algo raro aquí —aseguró Minello.

—No se preocupe por eso. Pronto terminará todo, y este gimnasio podrá funcionar con normalidad. Mientras tanto, siga así —el hombre sonrió con irritante burla—: lo está haciendo muy bien.

Minello estuvo unos segundos mirando fijamente aquellos pequeños ojos de mico criminal, y por fin desvió la mirada. Muy bien, seguiría así, porque se lo habían dicho muy claramente: si se resistía o los inquietaba de alguna otra manera, la señorita Montfort sería asesinada. ¿Comprendía él esto?

Por supuesto que lo comprendía, de modo que, simplemente, obedecía. No sería él quien hiciera cualquier cosa que pudiera ocasionar la muerte de Brigitte.

Dos días antes, cuando tras su regreso de Vail, él había pasado por su gimnasio para ver cómo estaban las cosas, dos sujetos le habían visitado en el despacho, y le habían dicho que se comportase como si ellos fuesen amigos o invitados con los que tenía que sostener una larga conversación. Tan larga, que no habían salido de allí desde entonces.

Y no sólo esto, sino que habían aparecido dos sujetos más, uno de los cuales había llamado desde allí mismo al apartamento de Brigitte, había conversado con Peggy insistiendo en hablar con la señorita Montfort, y luego, cuando finalmente ella se puso al teléfono, él no había contestado…

Este sujeto era precisamente el que más inquietaba a Frankie. En primer lugar, era extranjero, y además, sin la menor duda, del Este de Europa. Ruso, no. Quizás era húngaro, o polaco, o checoslovaco… Medía metro ochenta, debía de tener poco más de cuarenta años, y su mirada gris clara, fija y fría era penetrante e implacable. Los otros tres, que eran vulgares matones norteamericanos, le llamaban *Mister*, y eso era todo.

Por supuesto, Frankie había obtenido ya conclusiones respecto a la situación: el sujeto llamado *Mister* era un espía europeo, había recalado en Estados Unidos, donde había contratado unos cuantos sujetos capaces de cortarle el cuello a un ángel, y, mientras sus acólitos de baja estofa le mantenían inmovilizado en el despacho de su gimnasio, él, el llamado *Mister*, estaba tramando algo relacionado con Brigitte.

Es decir, con Baby, lógicamente.

¿O no?

El teléfono volvió a sonar, y Minello ni se molestó esta vez en mirar al sujeto jefe del grupo de tres norteamericanos. El aparato estuvo sonando quizá durante un minuto, y volvió a quedar silencioso.

Minello se puso en pie, se acercó al frigorífico ubicado en un rincón del despacho, y sacó una coca-cola, que abrió y comenzó a beber. Brigitte detestaba la coca-cola. Pensando de nuevo en su amada amiga, Minello se colocó ante el ventanal, para echar un vistazo a la sala, donde los muchachos, que no tenían ni idea de que lo que ocurría en el despacho era algo preocupante, se entrenaban del modo habitual.

Precisamente gracias a Brigitte, hacía ya tiempo que Minello había conseguido el sueño de su vida: ser propietario y director de un gimnasio de boxeo en plena Nueva York.

Un gimnasio grande, moderno, con todos los adelantos técnicos y deportivos, donde entrenar y dar auténticas oportunidades a los muchachos que tuvieran facultades y verdadera voluntad y espíritu de sacrificio.

Al fondo de la gran sala principal, estaba el despacho elevado, de modo que él, sin moverse de su sillón giratorio, podía ver dos de los tres cuadriláteros que había en la sala, y casi toda ésta. Hasta allí, atravesando los cristales y los paneles prefabricados que

conformaban el despacho, llegaban siempre los ruidos amados por Frankie desde su juventud, casi desde su infancia: las voces de los entrenadores dando instrucciones, los gritos de los muchachos que se entrenaban, los rítmicos impactos del *puching-ball,* todos esos ruidos que forman como una música especial para los amantes del boxeo… Y, sobre todo, por encima de cualquier otro sonido, el chasquido de los guantes de boxeo, ese ¡chack! inconfundible de la piel sobre la carne humana…

—Eh, tú —gruñó el mandón del trío—, apártate ya de ahí.

—No pasa nada —murmuró Frankie, volviéndose—. Los muchachos y los entrenadores están acostumbrados a verme observándolos. Lo que les extrañaría es que no lo hiciera.

—Que te apartes, te digo. Siéntate en tu maldita silla, para que sigan pensando que estamos hablando de negocios. ¿Por qué malditos demonios no tienes aquí *whisky*, o aunque sea un poco de maldito *bourbon*?

—Porque aquí nadie bebe ni *whisky* ni *bourbon* —replicó Minello.

—Ya. Sois muy deportistas, ¿eh?

—Sí.

—Ya tienes cara de bruto, ya —rió de pronto otro del trío—. Está claro que tú también eres boxeador.

—Sí.

—Tú qué coño has de ser, so palurdo —rió el tercero—. ¡Pero si ya tienes canas, hombre!

—Tengo unas pocas canas que me hacen más atractivo —dijo Frankie—. Pero con canas o sin ellas contigo no tengo ni para medio guantazo, cara de pedo.

El aludido soltó una maldición, hizo el gesto para ponerse en pie, y el jefe del grupo, riendo, le indicó por señas que se quedara quieto.

—Ya llegará eso. Ahora solamente tenemos que permanecer aquí sin armar alboroto, Lloyd, recuérdalo.

—No sé para qué mierda hay que conservar vivo a este mamón —gruñó el llamado Lloyd.

—Obedece, cobra y calla —dijo el otro.

Minello bajó la mirada sobre la mesa. Él sí había deducido ya por qué estaban allí con él, los tres armados y controlando la

situación: porque si en determinado momento la señorita Montfort hacía algo que no le gustase al espía del Este de Europa, la amenazarían con matarlo a él. Es decir, que aquella gente, o al menos el espía del Este de Europa, el tal *Mister*, estaban en tratos de alguna manera con Brigitte, a la que se proponían presionar…, o quizá perjudicar de modo mucho más drástico.

¿Matarla, tal vez?

No, porque para eso no hacía falta tanta complicación. Y esto era lo que aconsejaba a Frankie que aceptase la situación sin complicarla: la certeza de que a Brigitte no pretendían lastimarla, sino obtener algo de ella. Es decir, no de la señorita Montfort, sino de la agente Baby…

—Podríamos ir uno de nosotros a buscar una botella —propuso Lloyd, que no se resignaba.

—A mí me parece buena idea, Mac —dijo el otro.

—Callaros los dos —gruñó Mac.

Se acercó al ventanal y se quedó contemplando los entrenamientos de los muchachos. Eran apenas las siete de la tarde, es decir, que todavía quedaban no menos de dos horas de entrenamiento. Luego, el gimnasio quedaría vacío, excepto ellos, pasando allí la noche de cualquier manera, turnándose para no perder de vista a Minello, como la noche anterior.

—Atiza —dijo de pronto Mac; y se echó a reír—… ¿Qué es eso? Fíjate, Ray, qué boxeador más raro.

El llamado Ray se puso en pie de mala gana y se acercó al ventanal. Mac le señaló el personaje recién aparecido, y el otro soltó una risita.

—Desde luego encaja ahí como una mosca en un pastel. ¿Qué puede querer una vieja en un gimnasio?

—Tú, ven —se volvió Mac hacia Minello… ¿Quién es esa vieja?

Frankie, que había experimentado el súbito vacío en el estómago, consiguió no demostrar ninguna emoción. Se acercó a mirar, vio a la anciana de blancos cabellos vestida de negro que caminaba apoyándose en un bastón, y dijo:

—Es mi tía.

—¡¿Cómo, tu tía?!

—¿Qué pasa? —Gruñó Frankie—. ¿No sabes lo que es una tía, o un sobrino, o un abuelo? Ésa es mi tía Louise, y ya está.

—¿Y qué hace aquí?

—Lo de siempre. Entra a ver a los muchachos, sube a charlar un rato conmigo, le doy unos cuantos dólares, y se vuelve tan contenta con sus gatos y sus pájaros.

—O sea, que va a subir aquí.

—Claro.

—Nada de eso —rechazó Mac—. Abre una de estas ventanas, asómate, y dile que vuelva otro día.

—Amiguito —movió la cabeza Frankie—, tú no sabes lo que dices. A mi tía Louise ni siquiera el buen Dios le impide hacer lo que le da la gana. Ella lleva años subiendo a este despacho a charlar conmigo, y si quieres ver lo que es una buena gresca, trata de impedírselo.

Mac frunció el ceño, y regresó la mirada hacia la anciana, que se había detenido junto a uno de los cuadriláteros y estaba increpando y al mismo tiempo amenazando con el bastón en alto a los dos boxeadores que se entrenaban. Éstos dejaron de golpearse, miraron a la anciana y se echaron a reír. Ella volvió a amenazarlos con el bastón, y reanudó la marcha sin prisas pero decididamente hacia las escaleras que ascendían hacia el despacho de Minello.

—Viene hacia aquí, seguro —masculló Ray.

—Si quieren que tengamos la fiesta en paz —dijo Frankie—, dejen que ella suba, que me diga lo que quiera, que recoja sus dólares, y se largue.

—Creo que será lo mejor —asintió Mac—. Pero mucho cuidado con lo que hablas con ella, orejas de chufa.

—Todavía estamos a tiempo de consultarlo con *Mister* utilizando esa radio que nos dejó —propuso Lloyd, acercándose a mirar él también a la anciana.

—No vale la pena —rechazó Mac—: esa anciana no es una emergencia, ¿verdad?

Rieron los tres. La anciana había llegado al pie de la escalera de peldaños de madera, y alzó la mirada entre enfadada y temerosa. Pero se armó de valor y energía, y emprendió lentamente la ascensión. A mitad del corto tramo se detuvo, como agotada, se quitó las gafas de redondos cristales, limpió éstos con un pequeño pañuelito blanco, se las volvió a poner, y reanudó la marcha, siempre apoyándose en su bastón.

Por fin, los cuatro hombres vieron cómo la manilla de la puerta se movía, ésta era empujada, y la anciana entraba en el despacho, refunfuñando.

—Estas escaleras del demonio… No dijo más.

Miró a Frankie, y luego, con simpático y veloz gesto de anciana miope, a los tres sujetos que la contemplaban con cierta expectación.

—Pasa, tía Louise, pasa —dijo Frankie—. Son unos amigos con los que estoy tratando un negocio.

—Ah… Ya. Bueno, Frankie, querido, si molesto…

—Claro que no molesta —dijo amablemente Ray, guiñando un ojo—. ¿Verdad, muchachos?

Los otros dos aseguraron que la anciana no molestaba en absoluto, y Lloyd incluso le acercó uno de los sillones, diciendo:

—Descanse un poco, señora, descanse.

—Ay, gracias, hijo… ¡Esas escaleras del demonio acabarán conmigo! A veces pienso que Frankie puso aquí arriba el despacho para que no viniera a visitarlo.

—Sabes que eso no es cierto, tía Louise —sonrió Minello—. Siempre me alegro mucho de verte.

—No sé, no sé… ¿Y qué negocios estás tratando con estos caballeros, Frankie? ¡No estarás pensando vender el gimnasio!

—Claro que no.

—Menos mal. ¡Me encanta ver a esos muchachos dándose guantazos como si tal cosa! ¿Te acuerdas cuando tú boxeabas?

—Sí, tía Louise —rió Frankie.

—¡Qué bien lo pasábamos, ¿verdad?! Yo te acompañaba, y en cuanto subías al *ring* empezaba a gritar «¡Fran-kie, Fran-kie, Fran-kie…!». ¿Te acuerdas, cariñín?

—¡Ya lo creo!

—Sí, eran buenos tiempos… Y dime, cariño: ¿te han lastimado de alguna manera estos hombres malos?

—Oiga, señora… —masculló Mac, dando un paso hacia ella.

La anciana extendió el brazo derecho, apuntó un instante a la frente de Mac, y efectuó el disparo con su pequeña pistola de cachas de madreperla.

Plof, chascó la pequeña arma.

Mac se detuvo en seco, como sorprendido, mientras sus dos

compañeros, atónitos, contemplaban un instante el diminuto agujero que había aparecido justo entre sus dos cejas. De pronto respingaron los dos a la vez, e iniciaron el gesto para llevar la mano hacia la axila izquierda, donde portaban su arma…

—No se lo aconsejo a ustedes —dijo la anciana.

Quedaron inmóviles, mirándola. La anciana tenía extendido el brazo, y su mano joven, hermosa y fuerte sostenía con firmeza de acero la pequeña pistola con la que acababa de matar a Mac. Éste, de pronto, dobló las rodillas, como haciendo una reverencia, y rodó por el suelo. Lloyd y Ray seguían sin moverse.

—¿Estás bien? —Casi gritó Minello, corriendo hacia la anciana.

—Tranquilízate —sonrió ella—. Ya me imagino que has pasado muy mal rato, y lo siento. Por lo demás, estoy perfectamente.

—¡Estos hijos de la gran puta…!

—Por favor, Frankie, no hables así. Nunca lo haces.

—¡Estos hijos de puta querían lastimarte de algún modo, lo sé, y yo no podía…!

—¿Quieres hacer el favor de tranquilizarte? —Casi se enfadó la anciana—. Y mira a ver si los de abajo se han dado cuenta de que aquí las cosas están complicadas.

El ex púgil, de pie junto a la anciana, aspiró hondo, cerró un instante los ojos, y luego, más controlado, se acercó a mirar, movió negativamente la cabeza, y fue a arrodillarse junto a Mac, al cual le quitó la pistola y la pequeña radio de bolsillo, que se acercó a entregar a Brigitte.

Ésta comprobó, con alivio, que la radio estaba cerrada.

—¿Pusieron algún aparato de escucha o visión aquí? —preguntó.

—No.

—Mejor.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Les preguntaremos a estos caballeros para quién trabajan.

—Eso ya lo sé yo: para un espía del Este al que llaman *Mister*.

—¿Un espía del Este? ¿Quieres decir que no es un chino?

—¿Un chino? No. Es un espía de Europa del Este. Ruso no. Él es quien te llamó ayer por la mañana a tu apartamento.

—Ya. ¿Qué haces?

—Nada, ya verás… Tonterías mías.

Se acercó a Lloyd, y, sin más consideraciones, le aplicó en pleno estómago un puñetazo absolutamente bestial, que hizo doblarse al matón como partido por una guillotina, y quedó colgando del puño de Frankie. Éste lo retiró, y Lloyd, simplemente, se desplomó como muerto.

—Ya te dije, cara de pedo, que contigo no tenía ni para medio guantazo —gruñó Frank—. Y ahora le voy a dar a tu amiguito otra torta de obsequio…

Ray lanzó una exclamación, retrocedió un paso, y llevó la mano derecha en busca de su arma. El instinto de protección. Pero ni siquiera fue necesario que disparase Brigitte, pues Frankie casi lo mató de un puntapié en plenos testículos. Ray saltó como un conejito acertado de lleno por una perdigonada, y cayó el suelo hecho un ovillo. Frankie les quitó las pistolas a los dos, y las tiró sobre un sillón.

Luego, les quitó la documentación a los tres, y se las entregó a la anciana, que les echó un indiferente, incluso despectivo vistazo antes de dejarlas a un lado.

—De manera que ningún chino —murmuró.

—Ningún chino. Sólo estos patosos. Supongo que tenemos que empaquetarlos para que tus amigotes de la CIA pasen a recogerlos. No me gusta tener basura en el gimnasio.

—Arreglaremos eso, desde luego.

—Tengo por aquí cordones de guantes, y además los ataré también con sus corbatas y cinturones. No podrán mover ni una pestaña.

La anciana asintió, y Minello se dedicó a lo dicho, empaquetando a los dos sujetos todavía desvanecidos. La anciana, que había permanecido muy pensativa, dijo, por fin:

—Sí, tiene que haber un chino, Frankie. Al menos, digamos que han querido que yo sepa que intervenía un chino.

—¿Y eso por qué?

—Es un desafío.

—No entiendo nada.

—Evidentemente, ese que llamas *Mister* ha pretendido divertirse conmigo, pero sin dar la cara ante mí en ningún momento. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque me teme. Por eso decidió, antes que nada, asegurarse de que te tendría a ti como rehén, a fin de amenazarme si yo lograba llegar hasta él. Lo que evidentemente no previó fue que llegase aquí.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí? Quiero decir, ¿cómo sospechaste que yo estaba en dificultades?

—Porque la primera vez que me llamaron por teléfono, nadie contestó, pero yo oí un ruido de fondo que no logré identificar de momento, pero que estaba segura de conocer. Y esta mañana, de pronto, lo he recordado: el ruido de un gimnasio de boxeo. Sumé a esto que tú no hubieras regresado de Vail, que no me hubieras llamado… Una vez identificado el ruido de fondo no era demasiado difícil. En cualquier caso, ese sujeto ha querido… divertirse con la agente Baby, pero desde una posición segura, sin hacerse conocer…

—Yo le conozco. Le vi bien.

—Sí —sonrió encantadoramente la anciana—, pero a ti tiene pensado matarte muy pronto, por supuesto antes de que consiguieras ponerte en contacto conmigo, de modo que no habrías podido decirme cómo es él. Ahora es diferente: me lo describirás, y hasta quizá llame a un par de dibujantes de la CIA para que nos hagan de él un retrato robot. Mientras tanto, me pregunto dónde está él y qué está haciendo… aparte de enviar contra mí asesinos de pacotilla.

—O sea, que han intentado matarte.

—Varias veces. Pero tengo el pálpito de que *Mister* sabía que yo iría saliendo de los sucesivos apuros, tengo la impresión de que ha estado… poniéndome a prueba.

—¿Poniéndote a prueba? ¡Pues si en lugar de ser la agente Baby hubieras sido solamente la periodista Montfort, seguro que a estas horas estarías muerta!

—En efecto. ¿Y sabes a qué conclusión me lleva esto, Frankie? Pues a que *Mister* quería estar seguro de que la señorita Montfort era una mujer peligrosa…, muy peligrosa. Creo que él desea adquirir la convicción de que Brigitte Montfort es la agente Baby. Si yo no hubiera sido Baby, ahora estaría muerta, pero no se habría perdido nada…, a juicio de él, claro. Al haber resuelto todos los problemas he demostrado que soy Baby, o por lo menos una mujer muy peligrosa… Pero él está buscando a Baby. Y seguramente ya

está convencido de que me ha encontrado. Si tenía alguna duda acabo de resolvérsela: antes de pasar a la acción directa, él me investigó bien, supo qué personas amo, y te eligió como el mejor para amenazarme con tu vida si las cosas se le ponían mal. Al venir yo aquí le he demostrado una vez más mi… profesionalidad. Por eso no dijo nada cuando me llamó, quería que yo oyese el ruido de fondo del gimnasio, a ver si era suficientemente inteligente para que me sirviera de pista. Y ahora, él sabe que estoy aquí.

—¿Y cuál será su reacción?

—Querrá hacer algún trato conmigo —la anciana mostró la radio de bolsillo requisada a Mac—… No tardará en llamarme. ¿Cómo es él, Frankie?

—Como yo de alto, un poco más delgado, muy fuerte, cabellos oscuros y crespos, ojos grises, mirada fría, cuarenta años… ¡Maldita sea, ese sujeto es peligroso, puedes estar segura, no es como estos pazguatos!

La anciana asintió, y quedó de nuevo pensativa, tras encender un cigarrillo. Un espía del Este de Europa… Un momento. De pronto, Brigitte palideció bajo su maquillaje de anciana pálida y arrugadita: ¿le había ocurrido algo a Número Uno? ¿Habían capturado a Número Uno, lo habían torturado hasta conseguir que revelara la identidad de Baby y luego lo habían matado…?

La pequeña radio de bolsillo que había sido de Mac emitió un zumbido de llamada. Enseguida, otro. Y otro.

La anciana atendió la comunicación.

—¿Sí? —murmuró.

—¿Señorita Montfort? —Sonó la voz en impecable inglés estadounidense—. ¿La agente Baby?

—Sí, la misma.

—Es un placer conocerla aunque de momento sea sólo por teléfono, señorita Montfort. Soy Nick Ho Chow, y me gustaría muchísimo que nos reuniésemos para sostener una… interesante charla profesional.

—Espléndido, señor Chow. Dígame dónde y cuándo.

Capítulo VI

Frank Minello detuvo el coche en el lugar convenido, paró el motor, y miró sombríamente a Brigitte, sentada junto a él. Ella le miró a su vez, sonrió, y se dispuso a apearse.

—Brigitte…

—Frankie, por favor —no le dejó hablar ella—, ya lo hemos discutido bastante. Nadie, ni siquiera tú, podrá hacerme desistir de esta entrevista con el tal Nick Ho Chow.

—Con toda seguridad es una trampa.

—¿Crees que no lo sé? Pero no tengo más remedio que seguir jugando el juego, porque en realidad ya hace tiempo que estoy metida en esa trampa.

—¿Ya hace tiempo? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que lo que sea que esté haciendo Ho Chow no es algo que haya improvisado en unas horas, sino algo bien planeado. En primer lugar, Ho Chow sabe ahora con toda seguridad que Brigitte Montfort es Baby, lo cual, simplemente, significa que mi vida no vale un centavo. Piénsalo bien: si Ho Chow ha informado al Lien Lo Pou de que la señorita Montfort es la agente Baby, yo sólo permaneceré viva el tiempo que quiera el Lien Lo Pou.

—No les sería nada fácil matarte —dijo Minello, lívido—. Además, entre Número Uno y yo podríamos esconderte, ayudarte…

—No quieres entenderlo, ¿verdad? —Casi se enfadó Brigitte—. Si el Lien Lo Pou decide asesinarme, sólo sería cuestión de tiempo que lo consiguieran. Y no creas que demasiado, pues enviarían verdaderos expertos, y no esos chapuceros que han hecho los últimos intentos. Esos chapuceros no los ha enviado el Lien Lo Pou, recuérdalo, sino Ho Chow para ver cómo reaccionaba la señorita Montfort ante diversos peligros no excesivos, pero que, ciertamente, si sólo hubiera sido una periodista no habría podido sobrevivir a ellos.

—Yo podría ir como representante tuyo, para hablar con ese chino y saber qué quiere.

—Que no. Mira, Frankie, alguien le pasó a Ho Chow la información de que la señorita Montfort podría ser la agente Baby, y yo quiero saber quién es esa persona. No puede ser demasiado importante, pues si lo fuese la información a Ho Chow habría sido decisiva, y él no habría tenido que acosarme con asesinos de pacotilla para ver si, en efecto, yo podía ser la agente Baby. Ahora lo sabe seguro. Muy bien: yo quiero saber qué pretende exactamente y quién le pasó esa información inicial… Y no te molestes, Frankie, pero para afrontar esta situación y sonsacar a un espía, creo que soy más idónea que tú.

—¡Pero es que ese hijoputa te quiere matar…! —gritó Minello, casi sollozando.

Brigitte aspiró hondo, besó a Minello en los labios, cogió su maletín, y salió del coche, que arrancó enseguida, alejándose. El lugar no podía ser más tranquilo y solitario, en el corto tramo de la carretera estatal doscientos seis, entre las pequeñas localidades de Downsville y Walton, en las proximidades del Pepacton Lake.

Cuando las luces del coche que conducía Frankie se perdieron en la distancia, el lugar quedó a oscuras, a merced de las estrellas. Noche fría.

Silencio Se hacía difícil imaginar que aquel lugar estaba en el estado de Nueva York, a sólo cien millas de la ciudad.

Brigitte recurrió a la radio para pasar el lacónico mensaje:

—Ya he llegado.

—Pasamos a recogerla inmediatamente.

Cerró la radio, la guardó, y esperó, un poco encogida pese al buen abrigo que la protegía del clima. Se prometió a sí misma que si salía con bien de aquella situación (una de las más apuradas de su vida) se tomaría unos días de vacaciones a pleno sol. Y que invitaría a Frankie a acompañarla. Él se lo merecía…

Apareció el negro automóvil apenas transcurridos tres minutos desde la llamada. Un automóvil grande, confortable, que se detuvo silenciosamente junto a Brigitte. Dentro del vehículo iban tres hombres de raza china, dos de los cuales se apearon rápidamente. Uno de ellos se hizo cargo en el acto del maletín de la espía americana, y el otro murmuró:

—Tengo que registrarla, señorita.

—De acuerdo. No se preocupe, hágalo bien.

El chino repasó el cuerpo de Brigitte, sin consideraciones pero sin grosería. Era un experto. O así lo creía él, o quien lo había enviado. El examen que realizó en el cuerpo femenino pareció satisfacerlo. Se volvió a su compañero, que esperaba impávido, y cambiaron unas palabras en chino.

El del maletín indicó a Brigitte el interior del coche, y ella entró. El mismo chino se sentó a su lado, y el que la había cacheado lo hizo junto al conductor.

El coche partió.

—¿Tardaremos mucho en llegar a destino? —preguntó Brigitte.

El chino que tenía a su derecha la miró, casi sonriendo simpáticamente, pero no dijo una sola palabra. Brigitte comprendió, y no insistió.

El viaje en coche duró unos treinta minutos, hacia el este. Fue entonces cuando apareció el helicóptero, que estuvo sobrevolándolos durante un par de millas antes de adelantarlos y tomar tierra en una pequeña explanada a la derecha de la carretera. El chino que se había hecho cargo del maletín de Baby se apeó, y mantuvo abierta la portezuela con gesto de indudable deferencia. Brigitte se apeó. Ella y el chino del maletín fueron a donde esperaba el helicóptero, subieron al aparato, y éste reemprendió el vuelo. A los mandos había un chino, y en la parte de atrás había otro, que conversó con el del maletín en rápidos murmullos, y acto seguido tendió una manta a Brigitte, que comprendió, se envolvió en ella, y simplemente se tendió en el suelo y se durmió, para enorme pasmo de los chinos.

Estaba saliendo el sol cuando uno de los chinos despertó a la espía americana simplemente tocándola en un hombro. Ella abrió los ojos, se sentó, vio la luz del sol, y casi sonrió.

—Aterrizaremos dentro de cinco minutos —dijo el chino del maletín.

Así fue. Descendieron sobre un campo arado. La casa, muy grande y antigua pero bien cuidada, estaba muy cerca. Brigitte saltó del helicóptero apenas éste tomó tierra. Las aspas dejaron de girar. El silencio era hermoso. Hacía frío.

—Nick hablará con usted a las nueve —dijo el chino—. Mientras

tanto, estamos a sus órdenes. ¿Desea seguir durmiendo?

—No. Prefiero desayunar y escuchar la radio.

—¿Escuchar la radio?

—¿Tiene usted algún inconveniente?

—No lo sé. Tendré que consultarlo.

—¿Consultarlo? Oiga, solamente le estoy pidiendo una de esas pequeñas radios de a veinte dólares que se pueden comprar en cualquier sitio. ¿Le parece a usted peligroso que yo escuche las noticias del mundo?

—Lo consultaré —gruñó el chino.

La acompañó hasta una habitación amplia, destartalada pero confortable, con calefacción. Desde la ventana veía el campo arado. ¿O sembrado? Qué barbaridad, no tenía ni idea de aquellas cosas, ¿cómo se puede vivir en tanta ignorancia? Porque vamos a ver: ¿de qué y gracias a qué vive el ser humano sino de la tierra y de la Tierra? Chocante: ella era capaz de montar una radio con unas cuantas piezas y, en cambio, no sabría ni plantar una patata.

Chocante.

El chino apareció a los pocos minutos, con expresión consternada.

—No me han autorizado a facilitarle una radio, lo siento.

—Está bien. Me pregunto si también puede ser peligroso para alguien que yo desayune.

El chino sonrió, se retiró, y veinte minutos más tarde reapareció, con un abundante desayuno a la americana. Se llamaba Chaksei, había nacido en China, pero llevaba tantos años en Estados Unidos que se consideraba americano.

—¿De veras? —Lo miró amablemente Brigitte—. En ese caso, debería trabajar usted para la CIA, no para el Lien Lo Pou.

Chaksei sonrió en verdad tan enigmáticamente que dejó perpleja a la espía americana, con suficiente tema para pensar hasta la hora de la entrevista con Nick Ho Chow.

A las nueve en punto Chaksei pasó a buscar a Brigitte a su dormitorio, y la condujo a la gran sala de la casa, amueblada rústicamente, pero siempre con más que aceptable confort. Había una gran chimenea encendida en un lado de la pieza. Nick Ho Chow estaba de pie junto a ella, mirando hacia la puerta, con expresión amable.

—Acérquese, señorita Montfort —pidió—. Nos sentaremos frente al fuego. Siempre resulta muy agradable, ¿no está de acuerdo?

Sin contestar, ella se acercó, contemplando especulativamente al chino, que, en efecto, hablaba el inglés estadounidense con toda perfección, como Chaksei. Una perfección, ciertamente, delimitada por el nivel cultural de cada uno.

Nick Ho Chow medía casi metro ochenta, era delgado, elegante, atractivo, de grandes ojos negros de cálido mirar; apenas debía de tener treinta y cinco años. Era un chino de película romántica, de esas de lacrimógenos amores raciales imposibles.

Era tan simpático y maravilloso que a la espía americana no le gustó lo más mínimo.

Pero aceptó la mano que le tendía Nick Ho Chow, sonriendo a su vez.

—Ésta parece una reunión de viejos amigos —dijo—. Pero no crea que voy a olvidar que tiene usted que comprarme un coche nuevo. La broma le va a costar más de cien mil dólares.

Nick Ho Chow se echó a reír, soltó la mano de Brigitte, y señaló uno de los sillones colocados frente al fuego en diagonal, ocupando acto seguido el otro.

—Un coche es fácil de reponer. En cambio, si usted hubiera permanecido dentro del suyo cuando explotó, la pérdida habría sido irreparable.

—Sobre todo, para mí —replicó Brigitte. Ho Chow volvió a reír.

—¿Para qué quería usted una radio? ¿Para montar con sus piezas una por medio de la cual comunicarse con la CIA?

—Tal vez.

—No le habría servido de nada. Estamos muy lejos de lugares por los que la CIA sienta interés.

—No diga tonterías. Nos hemos pasado la noche dando vueltas en el helicóptero, gastando estúpidamente el combustible que sus hombres iban reponiendo, pero estamos muy cerca de Nueva York. Vamos, déjese de tonterías conmigo, Ho Chow. Ya sabe que soy la agente Baby, yo sé que usted trabaja para el Lien Lo Pou, y podemos…

—No es así exactamente —la interrumpió Ho Chow.

—¿Qué es lo que no es así exactamente?

—Es cierto que aparentemente trabajo para el Lien Lo Pou, pero

en la realidad trabajo para un grupo de personalidades norteamericanas.

—¿Puede explicarme eso más detalladamente?

—Con gusto. Pero antes permítame explicarle cómo accedí a la información de que la agente Baby era nada menos que la famosa y admirada periodista Brigitte Montfort. ¿Conoce a un hombre llamado Lazlo Vorzek?

—No.

—Él sí la conoce a usted. Es un agente secreto húngaro, que estuvo hace unas semanas en Italia, por aquel asunto de los carros de combate que estaba comprando un tal Sartorius[1]. Naturalmente, usted recuerda el asunto del cual le estoy hablando.

—Naturalmente.

—Lazlo Vorzek es uno de los muchos agentes secretos que se interesaron por el asunto. Al parecer, usted se relacionó con Nemo Sartorius con su personalidad normal de Brigitte Montfort, y Vorzek se fijó en usted, la vio cuando usted reaccionó la noche que hirieron gravemente a Sartorius, y… se le empezó a ocurrir la idea de que tal vez la señorita Montfort podía ser la agente Baby. Al principio le pareció un poco descabellado, pero la lógica terminó por imponerse: alguien tenía que ser la agente Baby, así que… ¿por qué no podía serlo la señorita Montfort?

—Sí, no deja de tener lógica.

—En efecto. Bueno, Vorzek se vino a Estados Unidos a investigarla, y al parecer terminó por convencerse definitivamente de que usted es Baby.

Pensó en vender la información a los rusos, pero tal como están las cosas pronto comprendió que eso no le iba a ser rentable. Ya sabe usted, todo eso de las entrevistas en el mar entre los señores Bush y Gorbachov, la *Perestroika*, el acercamiento entre las dos grandes potencias que está disolviendo la guerra fría que tantos años ha durado… No, no era rentable venderla a usted a Rusia, porque quizá, como una prueba más de… amistad y acercamiento por parte de Rusia hacia los Estados Unidos, la KGB, siguiendo órdenes superiores, le cortaba el cuello a Vorzek y la regalaba a usted sana y salva al presidente Bush. ¿No habría sido un gesto simpático por parte de Rusia?

—A mí me parece que sí —sonrió Brigitte.

—Claro. Y más aún si tenemos en cuenta que el señor Bush debe de tenerla a usted en muy alta estima personal. No en vano estuvo usted directamente a sus órdenes cuando él fue director de la CIA el año… el año…

—El señor Bush ocupó el cargo de director de la CIA desde el 30-1-1976 al 20-2-1977. Y en efecto, somos buenos amigos personales, no desde entonces, sino incluso desde bastante tiempo antes.

—O sea, una vieja amistad.

—Digámoslo así.

—Eso podría dificultar un poco las cosas —torció el gesto el atractivo chino—. Pero sigamos. Por lo expuesto anteriormente, Vorzek pensó y decidió que obtendría mayor beneficio en todos los aspectos si la vendía a usted a China. De modo que, tras unas cuantas gestiones, consiguió ponerse en contacto conmigo en Nueva York. Cuando me dijo que la agente Baby era usted le repliqué, simplemente, que estaba loco. Entonces, él me dijo que si yo le proporcionaba unos cuantos sujetos peligrosos podía demostrarme que decía la verdad… Me pareció bien, así que accedí. Sobre todo porque en aquellos momentos, precisamente, yo estaba estudiando el modo de realizar determinado plan que me habían encargado mis verdaderos jefes…

—Ese grupo de personalidades norteamericanas.

—Sí. Es un plan… muy delicado, la verdad es que no veía el modo de lograrlo. Y de pronto, al ser mencionada usted por Vorzek, se me ocurrió la solución. Pero no me gustó el modo en que él enfocó el asunto, de modo que pronto le quité el mando de esa operación, y lo puse en manos de Chaksei. Ya conoce usted a Chaksei.

—Sí. De modo que él es el chino que contrató a la pareja del parador La rana simpática.

—En efecto. Y en vista de los sucesivos fracasos de nuestros «empleados», él mismo se encargó de colocarle a usted la bomba en el coche. Pero le decía que, hasta entonces, había sido Vorzek quien se había encargado de contratar y dirigir a los hombres que yo le indicaba…

—¿Quién degolló al agente de la CIA que colocaron en mi coche?

—Vorzek. Por eso le quité el mando de la operación, en cuanto me enteré. Le dije que aquello había sido por completo innecesario, y él dijo que no había mejor modo de movilizar de verdad a Baby que asesinarle a uno de sus Simones. De modo que lo hizo, se ocupó de enviar a su apartamento a dos profesionales del asesinato que yo le había indicado, se ocupó también de controlar a Frank Minello… Pero, como le digo, no me gustó cómo hacía las cosas, de modo que lo retiré del asunto.

—¿Quiere decir que lo mató?

—Oh, no —sonrió Ho Chow—. Pensé que a usted le gustaría degollarlo personalmente, de modo que se lo tengo… reservado. Considérelo una atención, una muestra de amistad.

—¿Puedo verlo?

—¿A Vorzek? ¿Ahora?

—Sí. Ahora.

—Pero… tenemos un asunto mucho más importante del que ocuparnos ahora, señorita Montfort.

—Quiero ver a Lazlo Vorzek ahora.

—Está bien —se resignó Nick Ho Chow—, vamos a verlo.

Se pusieron ambos en pie, y abandonaron la confortable sala.

Lazlo Vorzek, simplemente, estaba prisionero en una de las numerosas habitaciones de la enorme casa, y, nada más verlo, Baby sintió frío en las entrañas.

El espía húngaro estaba tendido en una cama y atado en forma de X a los barrotes de ésta. Una cama de metal forjado que le recordó a Brigitte, de pronto, la película protagonizada por Paul Newman y Elizabeth Taylor La gata sobre el tejado de zinc. Sólo que Vorzek no estaba precisamente disfrutando, en aquella cama. Estaba casi desnudo, mostrando numerosas heridas en el cuerpo, y el rostro cubierto de costras de sangre seca. Pero sus ojos, grises y fríos, parecieron recuperar toda su energía cuando Brigitte se acercó a la cama y se quedó mirándolo.

—¿Quiere un cuchillo? —ofreció Ho Chow.

Brigitte no contestó, y se inclinó para observar mejor los ojos del húngaro, que la contemplaban ansiosamente.

—¿Mató usted a Samuel Sanders? —susurró Baby.

Lazlo Vorzek quiso decir algo, pero de su boca sólo brotó algo que parecía simplemente un espantoso mugido. A continuación

abrió la boca todo cuanto pudo, en un gesto desesperado y furioso a la vez, y, al ver el interior de aquella boca, la espía retrocedió soltando un fuerte respingo de horror: la lengua de Lazlo Vorzek había sido cortada, y se veía el horrendo muñón sanguinolento. Era una visión espantosa.

Brigitte se volvió vivamente hacia el chino, exclamando:

—¿Por qué le ha hecho eso?

—Pensé que a usted le complacería.

—¡Claro que no!

—Bueno —gruñó Nick Ho Chow—, cada cual ve las cosas a su manera. A mí me parece que un espía que traiciona a otro espía por dinero merece que le corten la lengua. Véalo de este modo: usted se habría ahorrado muchos problemas si alguien le hubiera cortado antes la lengua a este hombre.

—¡No me gusta esto que ha hecho! ¡No me gusta usted!

—¿Le gustaría más si me dedicase a degollar agentes de la CIA, como hizo él? —Se enfadó Ho Chow.

Brigitte cerró los ojos, aspiró hondo, y se volvió hacia el espía húngaro, que agitaba la cabeza y hacía esfuerzos por decir algo, con lo que lo único que conseguía era emitir espeluznantes mugidos. De repente, la espía americana dio la vuelta, y salió a toda prisa de aquel dormitorio, seguida por Nick Ho Chow, que, ya ambos en el amplio pasillo, la agarró de un brazo.

—Maldita sea, lo siento —masculló—… ¡Estaba convencido de que a usted le gustaría ver así al asesino de uno de sus compañeros!

—¡Pues no me ha gustado!

—Está bien. Vamos a dejar el tema, por el momento. La están esperando.

—¿Quién me está esperando?

—Las personalidades norteamericanas de quienes le he hablado. Ellos van a hacerle una propuesta.

—O sea, que están aquí, en esta casa —susurró Brigitte.

—En el sótano. Se puede acceder a él desde la cocina o por la puerta que hay en la parte de atrás de la casa, y es tan grande que sirve de garaje y bodega. También hay un cuarto grande en el que habilitamos lo más parecido a una sala-despacho. Si le parece bien podemos bajar por el acceso de la cocina.

—De acuerdo.

Ho Chow la condujo a la cocina, donde un par de chinos se dedicaban a preparar el almuerzo, evidentemente para bastantes personas. A un lado había una puerta de sólido aspecto, que Ho Chow abrió sin mayores misterios ni manipulaciones, dejando visible el tramo de descendentes escalones de piedra, por los que precedió a Brigitte tras encender la luz.

Efectivamente, el sótano era tan grande como toda la planta de la casa. Se veía la rampa y la doble puerta que lo comunicaba con el exterior. Al pie de la rampa, bien colocados para aprovechar el espacio, había cuatro automóviles, cuyas matrículas miró con indiferencia Brigitte. Prácticamente todo el centro del sótano estaba ocupado por estanterías conteniendo botellas. En un rincón se habían levantado dos paredes que se juntaban en ángulo recto, formando así, junto con las dos paredes maestras que también formaban ángulo, una pieza de amplias dimensiones.

Ho Chow señaló la puerta que se veía en una de aquellas dos paredes, fueron ambos allá, y el chino la abrió.

Brigitte Montfort, alias Baby, entró donde la esperaban personalidades norteamericanas.

Capítulo VII

Había seis hombres en aquella habitación dispuesta como un salón-despacho muy confortable y bien ambientado. Uno de ellos tenía los cabellos completamente blancos, pero no debía de tener más de sesenta años. Como mayor contraste con él, dos de los presentes eran hombres jóvenes, de escasos treinta años, verdaderos atletas que miraban como hipnotizados a Brigitte. Los otros tres eran de mediana edad, entre cuarenta y cinco y cincuenta años.

Todos se hallaban sentados, repartidos entre sillones y el sofá, pero formando como un círculo.

El ambiente era silencioso, expectante, incluso tenso. Pero eso fue un instante, porque enseguida, los dos más jóvenes se pusieron en pie, y los demás los imitaron rápidamente.

Ho Chow cerró la puerta tras él, y tomando de un brazo a Brigitte la llevó hacia el centro del salón.

—Caballeros —dijo amablemente—, estoy seguro de que todos ustedes conocen a la señorita Montfort, que, como sin duda también saben todos, es la agente Baby. Yo no le he hablado de nuestros proyectos, porque espero que ustedes no sólo los expondrán tan bien como lo haría yo mismo, sino que tienen más posibilidades de convencerla de que acepte colaborar en los propósitos de su grupo.

Hizo una pausa, sonrió, y se volvió a mirar a Brigitte.

—Por el momento, será mejor que no mencionemos los nombres de los presentes, pero usted puede designarlos del siguiente modo: el caballero de los cabellos blancos es un senador de los Estados Unidos de América, de modo que puede llamarlo Senador. Los otros tres que le siguen en edad son —los fue señalando—: Jefe Sector CIA, al que puede llamar Sector; Relaciones Públicas de la Casa Blanca con la prensa internacional, a quien puede llamar Prensa; un militar de alto rango actualmente jefe de ciertos servicios especiales del Pentágono, a quien puede llamar Pentágono; y los dos más

jóvenes, a los que supongo tratará con especial estima son dos agentes del Grupo de Acción de la CIA, a quienes sin duda usted llamará Simón… Pero ¿cómo diferenciará al uno del otro?

—Simón I y Simón II —dijo lacónicamente Brigitte.

—Claro. Bien, los dejo para que conversen con toda libertad sobre el tema. Cuando deseen comentar conmigo el resultado de sus conversaciones sólo tienen que pulsar ese timbre, y acudiré en el acto para escuchar sus órdenes definitivas. Hasta luego.

El chino salió y cerró la puerta.

Brigitte miró de uno a otro hombre, despacio.

Luego, sobre una mesita vio cigarrillos. Encendió uno, se sentó, y dijo:

—Por favor, caballeros, siéntense.

—Dios mío —murmuró Pentágono, lívido—, jamás se me habría ocurrido que usted fuese la agente Baby, señorita Montfort.

—La vida tiene muchas sorpresas —sonrió Brigitte—. Por ejemplo, yo jamás habría pensado que le encontraría a usted en tan… armoniosas relaciones con un agente del Lien Lo Pou. ¿Es cierto que él es lo que podríamos llamar un agente doble y que a quien realmente sirve es a ustedes…, es decir, al grupo del cual son ustedes una… parte representativa?

—Sí, es cierto —admitió Pentágono, sentándose por fin.

—De manera que existe un grupo estadounidense, por supuesto de gente poderosa, que está tramando algo especial. Muy bien. La pregunta es: ese plan que están tramando… ¿beneficia o perjudica a los Estados Unidos de América?

—Nosotros pensamos que es un beneficio para Estados Unidos.

—Espléndido. En ese caso soy toda oídos. Sean tan amables de explicarme el plan y qué pretenden exactamente de mí.

—Deseamos que nos ayude a llevarlo a la práctica, claro está. Y el plan consiste en… provocar un cambio de presidente.

—Provocar un cambio de presidente —murmuró Brigitte—. A mi entender, eso significa que habría que retirar al señor Bush de la Casa Blanca para que ésta pudiera ser ocupada por otro caballero, que sería el nuevo presidente de Estados Unidos. ¿He entendido bien?

—Por supuesto.

—¿Y cómo piensan ustedes… provocar ese cambio de

presidente?

—Sólo hay un modo —dijo Senador—: eliminando al actual presidente.

—Usted quiere decir asesinarlo, ¿no es así, Senador?

—Dudo mucho que el señor Bush esté dispuesto a aceptar la propuesta de que dimita de la presidencia.

—Yo también lo dudo mucho —sonrió Brigitte—. A George le ha…, quiero decir, al señor Bush le ha costado mucho llegar a la Casa Blanca, y le gusta estar ahí, lo sé muy bien. Me pregunto si ustedes están informados de que el señor Bush y yo somos buenos amigos personales, aparte de que fue mi jefe hace unos años… ¿Sabían ustedes esto?

—Nick nos ha informado de ello.

—Pese a lo cual me están proponiendo que, de alguna manera, intervenga en su asesinato o lo apoye. Bien: díganme qué beneficios le reportaría a Estados Unidos la muerte del señor Bush, a fin de que yo pueda valorar ese asesinato.

—El señor Bush está negociando con el señor Gorbachov y también por otros puntos, en conversaciones secretas, una alianza con Rusia para el futuro. Nuestro grupo piensa que eso no le interesa a los Estados Unidos.

—¿Por qué no?

—Porque Rusia está ofreciendo una… amistad de conveniencia. Si ellos fuesen los que tuviesen trigo y riquezas no querrían ni oír hablar de un futuro en el que seríamos nosotros los aliados pobres. Son unos hipócritas que sólo esperan obtener beneficios de esta alianza. En definitiva, Rusia se convertirá en una carga pesada para la marcha económica de los Estados Unidos. Será lo mismo que si nos hiciéramos cargo de unos parientes pobres que se presentasen en casa para instalarse a pan y cuchillo y a cambio de nada.

Brigitte asintió, y quedó pensativa. Al cabo de casi medio minuto, murmuró:

—En parte tienen razón, y, si he de ser sincera, pienso de modo muy parecido a ustedes en ese punto de la granujería del señor Gorbachov. Lo que él busca es una amistad de conveniencia, claro que sí: Rusia no sólo necesita trigo, sino muchas otras cosas, y se las está arreglando para hacer una amistad de conveniencia con los Estados Unidos. Pero yo también veo la cuestión desde otro punto

de vista, caballeros: considero mucho mejor que el señor Gorbachov sea un simpático y pacífico pillastre que busca a las buenas un beneficio para Rusia, a que hubiera decidido entablar una guerra para intentar conseguir a las malas todo cuanto deseara. En cuanto al señor Bush, que de tonto no tiene un pelo, hace muy bien en aceptar la nueva línea rusa de convivencia, aunque de momento signifique, en efecto, admitir en casa a un pariente pobre. Nos costará dinero por un lado, pero por otro lo ahorraremos al disminuir los gastos de interminables preparativos para una posible guerra que siempre tenemos pendiente sobre nuestras cabezas. Eso sin contar con que debe de haber negociaciones y acuerdos especiales de los que nosotros no podemos tener ni idea, por el momento. Aun así, les diré que yo me he pasado los mejores años de mi vida jugándomela para que el mundo fuese un poquito mejor, y ahora que parece que podría lograrse ustedes me dicen que tengo que asesinar o colaborar en el asesinato de un amigo mío que también está luchando a su manera para que el mundo se relaje y quizá pueda iniciar un futuro pacífico y cordial. Caballeros, no suelo decir palabrotas, pero en mi opinión ustedes son unos puercos hijos de la grandísima puta.

El silencio que siguió a las palabras de Brigitte pareció de hielo. La espía fue mirando con gélida expresión uno a uno a los hombres allí reunidos, y cuya palidez era sencillamente cadavérica; apagó el cigarrillo en un cenicero, se puso en pie, y fue a pulsar el botón que poco antes había señalado Ho Chow.

La puerta se abrió a los pocos segundos, dejando visible al chino, que estaba muy sorprendido.

—¿Ya han terminado ustedes la conversación? —exclamó.

—Sáqueme de este pozo de mierda —exigió secamente la divina.

—Pero…

—Apártese.

Brigitte apartó al chino con un gesto del brazo que puso en evidencia la sorprendente fuerza muscular de la espía más peligrosa del mundo. Nick Ho Chow titubeó un instante, por fin cerró la puerta del salón, y alcanzó rápidamente a Brigitte, a la que, según se iba acostumbrando, agarró de un brazo.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —indagó. Brigitte liberó su brazo con un gesto brusco.

—Ni se le ocurra tocarme —advirtió—, o le voy a partir la cabeza.

Nick Ho Chow quedó un instante como aturdido. Luego, se echó a reír.

—Vamos, tranquilícese —recomendó—. Una persona como usted no debe permitir que las emociones la alteren tanto. Estoy convencido de que cuando se serene y reflexione adoptará una actitud menos agresiva.

—No tengo nada que reflexionar. Mi decisión no variará por mucho tiempo que dedique a la reflexión.

—¿Significa eso que no le importaría morir aquí y ahora mismo?

Ho Chow se había detenido, y Brigitte hizo lo mismo. Fue entonces cuando vio a los dos silenciosos chinos que habían acompañado a Ho Chow, y que esperaban un poco más allá, junto a los estantes de botellas. Cada uno de ellos tenía en las manos una pistola-metralleta de sesenta disparos que podían ser efectuados en menos de cinco segundos.

La espía americana movió la cabeza, y, de pronto, sonrió.

—Zambomba —dijo—, ¡me parece que será mejor que me dedique a reflexionar!

—Sin la menor duda —rió de nuevo el atractivo chino—. Pero… ¿por qué antes no me explica qué ha ocurrido para que usted se haya enfadado tanto?

—¿Acaso no lo sabe ya?

—¿Cómo habría de saberlo? —Masculló Nick Ho Chow—. Me dijeron que me quedase afuera mientras conversaban con usted, y eso es lo que he hecho.

—Pero usted sabe lo que están tramando, ¿no es cierto?

—Ah, sí, claro que sí. Por eso no comprendo que usted se haya enfadado tanto. Los norteamericanos han sido siempre unos grandes imperialistas que lo han querido todo para ellos, de modo que no puedo comprender que ahora estén dispuestos a adquirir compromisos con un país con tantas necesidades. ¿De verdad eso no le molesta a usted?

—Imagínese por un momento —murmuró Brigitte— que en lugar de ser Rusia la… favorecida con la amistad de Estados Unidos fuese China. ¿Le parecería a usted mal?

—Bueno…

—¿Le gustaría que asesinasen el presidente americano que estaba dispuesto a firmar tratados de paz y de cooperación económica y social con China?

—No —susurró Ho Chow—… No me gustaría nada.

—Pues reflexione usted también sobre el asunto. ¿Puedo ver a mi colega ahora?

—¿Qué colega?

—¡¿Cómo que qué colega?! —Se enfadó Brigitte—. ¡Lazlo Vorzek, naturalmente!

—Ah, sí. Sí, está bien, de acuerdo. La acompañaré. Pero me gustaría saber qué piensa hacer con él.

—Le voy a cortar el cuello —dijo Brigitte furiosamente—… ¡Le voy a cortar el cuello a ese maldito, no sólo porque él lo hizo con uno de mis compañeros, sino por puerco canalla que me ha involucrado en la asquerosidad más grande del mundo! ¡Lo voy a degollar como un cerdo! ¡¿De qué demonios se ríe usted?!

—Vamos, cálmese —contuvo la risa Ho Chow—. Me río porque jamás pensé que la agente Baby fuese tan temperamental, tan… emotiva.

Brigitte quedó inmóvil. A los pocos segundos parpadeó. Por fin suspiró y dijo:

—Tiene razón.

Nick Ho Chow señaló hacia la escalinata, y los dos subieron por ella, seguidos por los dos chinos armados con pistolas-metralleta. En la cocina, los dos chinos cocineros proseguían su gastronómica tarea. Cuatro. Más Chaksei, cinco. Más los dos que habían llegado con ella y con Chaksei, siete. Más Ho Chow, ocho. Por lo menos había ocho chinos en aquel lugar. Pero no, claro que no. Tenía que haber más, sólo que permanecían fuera de su alcance visual. Posiblemente se hallaban en el exterior, atendiendo sistemas de seguridad y vigilancia. Acompañados siempre por los dos chinos armados con pistolas-metralleta, Brigitte y Nick Ho Chow llegaron ante la puerta de la habitación en cuyo interior permanecía Vorzek. Ho Chow abrió la puerta, y se apartó, cediendo el paso a la espía americana.

Lazlo Vorzek, ciertamente, continuaba amarrado a la cama. Al oírlos entrar alzó un poco la cabeza, y su mortecina expresión se reanimó al ver a Baby. Acto seguido, comenzó a emitir aquella

especie de mugidos que ponía de punta los cabellos a Brigitte. Ésta se acercó a la cama, y le hizo al húngaro un gesto para que callara. Fue obedecida en el acto.

—Entiendo que desea usted decirme algo —murmuró Brigitte—, pero es evidente que no puede hablar. Por tanto, yo haré las preguntas, y usted las irá contestando con gestos afirmativos o negativos con la cabeza. ¿Está de acuerdo?

Vorzek movió afirmativamente la cabeza.

—Muy bien —murmuró Brigitte—. ¿Realmente fue usted quien comenzó todo esto vendiendo a Ho Chow la información de que Brigitte Montfort era la agente Baby?

De nuevo afirmó Vorzek. El gesto de Brigitte se tornó más amenazador.

—¿Y fue usted quien degolló a Samuel Sanders…, es decir, el agente de la CIA que estaba de servicio en Hampton Beach…? ¿No? —Vorzek movía la cabeza negativamente con visible desespero—. ¿Cómo que no? Vamos, no sea estúpido, es inútil andarnos con mentiras a estas alturas. ¿Lo hizo usted?

Lazlo Vorzek seguía negando ansiosamente, y sus ojos desorbitados parecían querer saltar de su rostro mientras los movía rápidamente de Brigitte a Ho Chow y viceversa. Su desespero por hacerle entender algo a Brigitte era tal que comenzó a mugir de nuevo.

Para sorpresa incluso de Ho Chow, Brigitte se enfadó tanto que se acercó más a Vorzek y le golpeó furiosamente con el puño en el ensangrentado pecho, gritando:

—¡Deje de gritar, maldito, y dígame la verdad de todo de una maldita vez! ¿Es que no puede entenderme?

Vorzek continuó bramando espantosamente, lo que enfureció todavía más a Baby, que dejó de golpearlo y se volvió hacia Ho Chow con los ojos echando fuego.

—Se ha terminado mi paciencia —jadeó—… ¡Deme un cuchillo! ¡Lo voy a degollar como un maldito cerdo que es, como él hizo con mi compañero Samuel Sanders! ¡Maldito sea, chino del demonio, le estoy diciendo que me dé ese cuchillo que me ofreció antes…!

Ho Chow movió la cabeza, terminó por sonreír, y sacó una navaja de resorte, que tendió a Brigitte.

Ésta apretó el botoncito y la hoja de acero apareció destellante,

aguda y afilada…

Sólo que, en lugar de acercarse de nuevo a Vorzek, lo que hizo la espía americana fue saltar hacia el más cercano de los chinos, y, mientras con la mano izquierda le impedía mover la metralleta, con la derecha le clavó la hoja de la navaja en el corazón por un lado del pectoral izquierdo, matándolo en el acto.

De un tirón, arrancó el arma de las manos del chino, que debido a la brusquedad del gesto cayó rodando por el suelo, mientras Brigitte, con la pistola-metralleta en las manos, efectuaba un veloz giro sobre sí misma, como una bailarina, acercándose al otro chino, que comenzaba a apuntarla, pero indeciso, consultando con la mirada a Ho Chow…

El pie derecho de Brigitte le golpeó en el bajo vientre, y el chino soltó un resoplido, encogiéndose de dolor pero dispuesto ya sin vacilaciones a utilizar su arma… Brigitte siempre era más rápida que él: con la recién conseguida pistola le golpeó fuertemente en plena cabeza. Se oyó el crujido del cráneo del chino, que se desplomó fulminado.

Y ni siquiera había terminado de caer al suelo cuando el arma que Brigitte había conseguido apuntaba firmemente al pecho de Ho Chow, que parecía petrificado. Al verse apuntado por el arma de uno de sus hombres reaccionó, haciendo una mueca de rabia.

—Coloque las manos sobre la cabeza y mantenga la boca cerrada —jadeó Baby.

Nick Ho Chow apretó los labios, y eso fue todo. Brigitte se acercó al cadáver del primer chino, se acuclilló junto a él, y retiró la navaja que permanecía profundamente hundida en el pectoral. Sin dejar de mirar a Ho Chow, limpió la sangrante hoja en las ropas del muerto, se incorporó, y miró un instante a Lazlo Vorzek, que la miraba presa del más grande espanto y la más genuina admiración, por supuesto en completo silencio, comprendiendo que esto era lo que deseaba su colega americana.

Ésta dejó de mirar a Vorzek para mirar a Ho Chow, miró otra vez a Vorzek, de nuevo a Ho Chow…, y de pronto dio dos pasos hacia éste, que permanecía inmóvil y con las manos sobre la cabeza entrelazados los dedos, y, sin más, le aplicó un tremendo golpe con la navaja en la garganta.

Sencillamente, lo degolló.

Al mismo tiempo que de su abierta garganta brotaba un tremendo borbotón de sangre, brotó el último suspiro de Nick Ho Chow, más bien un bramido sordo parecido a los de Vorzek. Pero eso fue todo. Con los ojos casi fuera de las órbitas, el elegante, apuesto, cinematográfico Nick Ho Chow cayó al suelo muerto en el acto.

Capítulo VIII

Brigitte se acercó a la cama, limpió de nuevo la navaja, y comenzó a cortar las ligaduras que sujetaban a Vorzek, mientras murmuraba:

—Tranquilícese, no voy a matarlo, Vorzek. Y si conservamos la serenidad podremos salir con bien de este apuro. No se apresure: mientras los de ahí fuera no sospechen nada tenemos tiempo de hacer las cosas con calma.

Terminó de cortar sus ligaduras, y, dejando sobre la cama la navaja y la pistola-metralleta, lo ayudó a incorporarse. Lazlo Vorzek gimió quedamente, de aquel modo escalofriante, y cerró los ojos.

—Se ha mareado, ¿verdad? —Susurró Brigitte—. Está bien, quédese quieto el tiempo que haga falta. Sólo dígame una cosa: no fue usted quien degolló a Samuel Sanders, sino Nick Ho Chow. Fue él quien lo hizo, engañándolo a usted finalmente, traicionándolo en lugar de pagarle por su información, y utilizándolo para el resto de su jugada. Fue así, ¿verdad?

Ladislaw Vorzek había abierto los ojos, y mientras contemplaba a Brigitte absolutamente fascinado, asentía con la cabeza.

Ella asintió a su vez.

—Si necesitaba dinero debió pedírmelo a mí misma, colega —dijo amablemente la divina e implacable espía—. Le habría sido más fácil un simple chantaje a la agente Baby que venderla a otros. ¿No se le ocurrió? Además, ¿qué tenía usted contra mí? —Vorzek movió negativamente la cabeza, y ella asintió—. Nada, ¿verdad? Al menos podía haberme vendido a otro servicio secreto, no al Lien Lo Pou, que es posiblemente el último que queda dispuesto a cortarme la cabeza a toda costa. En fin, ya está hecho. ¿Se va encontrando mejor?

Vorzek asintió. Brigitte asintió de nuevo a su vez, y se acercó a mirar por la ventana. No vio a ningún chino en el exterior, pero por fuerza tenía que haberlos. Bien escondidos, pero tenía que haberlos.

Regresó ante el húngaro, que continuaba sentado, y se disponía a preguntarle cuando vio el raudal de lágrimas que se deslizaban por su rostro.

—¿Qué le pasa? —susurró—. No tema, no voy a matarlo… Ah, ¿no llora por eso? ¿Por qué llora, entonces?

Vorzek agarró a Brigitte con una ensangrentada mano por la ropa, y la hizo inclinarse, acercar su oído a su boca. Con un desespero impresionante, intentó hablar, decirle algo, pero era inútil: simplemente, no tenía lengua, así que no podía hablar. Pero la agente Baby demostró una vez más su gran poder de penetración mental, de comprensión humana.

—¿Me está pidiendo perdón? —susurró—. ¿Sí? ¿Es eso? Pues no se preocupe más, está perdonado. Vamos, colega —le sonrió y le dio una palmadita en una mejilla—, olvide todo eso. Tenemos que salir de aquí, eso es todo. ¿Cree que podrá caminar? Vamos, inténtelo… Tiene que caminar solo, pues yo no podré dedicarme a ayudarle, tengo otras cosas que hacer… ¿Lo entiende? Vea si puede hacerlo.

Se separó de él, y volvió a mirar por la ventana. El día era soleado. Ningún chino en el exterior. Se volvió a mirar a Vorzek, que se había puesto en pie y caminaba torpemente y tambaleante hacia ella.

—¿Sabe cuántos chinos hay en total en este lugar? ¿No? Pero seguro que hay algunos escondidos por ahí fuera, ¿verdad? ¿No lo sabe? Bueno, tendremos que correr los riesgos a ciegas. Dígame cuándo está listo para bajar a liberar a los otros prisioneros; me refiero a los seis norteamericanos, claro. ¿Qué es lo que le sorprende? ¿Acaso no sabía usted que esos seis norteamericanos también son prisioneros de Nick Ho Chow, obligados de alguna manera sin duda terrible a representar una comedia conmigo?

Lazlo Vorzek seguía moviendo negativamente la cabeza. Brigitte encogió los hombros, recogió la pistola-metralleta del segundo chino, y la puso en las manos del húngaro.

—Si usted prefiere quedarse aquí, puede hacerlo —susurró—… Yo tengo que ir a rescatar a esos seis hombres…

Brigitte calló bruscamente volviéndose hacia la puerta, que se abría en aquel momento, dejando visible a Chaksei, que entró impetuosamente y del todo confiado, diciendo algo en chino.

Enmudeció de repente, y se quedó mirando con gran sobresalto

a Brigitte, que le sonrió mordazmente mientras, apuntándole al pecho con la metralleta, susurraba:

—Cierre la puerta, amigo Chaksei. Y cuidado con cualquier otra cosa que se le ocurra.

Chaksei obedeció, despacio, sin dejar de mirar a la espía americana, pero pronto desvió la mirada, y vio a sus dos compañeros y al degollado Nick Ho Chow tirados en el suelo. Tragó saliva, y volvió a mirar a Brigitte, que le contemplaba especulativamente.

—Me estoy preguntando, Chaksei, si es usted un chino tonto o es uno de los muchísimos chinos listos que hay. ¿Es tonto o es listo?

—Creo… que soy listo —murmuró Chaksei.

—Vamos a comprobarlo. Usted me dice qué pretendía exactamente Nick Ho Chow, y luego me facilita la fuga, y a cambio de eso yo le regalo nada más y nada menos que su vida. ¿Qué le parece el trato?

—Es un buen trato —asintió Chaksei.

—¿Verdad que sí? Muy bien, dígame qué pretendía verdaderamente su amigo Nick Ho Chow.

—El plan que él ha ideado consiste, en efecto, en asesinar al señor Bush, para que las conversaciones con Rusia se interrumpan.

—Ya, ya. Pero para asesinar al señor Bush no me necesitaba a mí… ¿O sí?

—Bueno, él… quería que pareciese que el asesinato del señor Bush era debido a un… complot interno, es decir, algo planeado y llevado a cabo por cierto sector de norteamericanos que no querían saber nada de una alianza más o menos próxima con Rusia. Por tanto, tenía ya pensado el modo y el lugar donde iba a ser asesinado el señor Bush. En ese lugar aparecerían los cadáveres de personas relacionadas con la CIA, con la Casa Blanca, el Pentágono… Cuando Vorzek apareció tan inopinadamente con su oferta, Nick Ho Chow casi se volvió loco de alegría. Dijo que no había estado verdaderamente decidido a llevar su plan a cabo hasta entonces, porque temía que la presencia de seis cadáveres de norteamericanos en el lugar del atentado contra el señor Bush no fuese… suficientemente convincente, pero que nadie dudaría de la intervención de la CIA cuando en ese lugar fuese hallado también el cadáver de la señorita Montfort…, que resultaría ser la agente Baby,

como se sabría tarde o temprano.

—Ya. Es decir, que el Lien Lo Pou quería…

—El Lien Lo Pou, no —jadeó Chaksei—… ¡Todo ha sido idea y obra de Nick, que quería conseguir en solitario un gran triunfo personal!

—Pero Nick Ho Chow era un agente del Lien Lo Pou, ¿no es así?

—Sí. Y yo también. Pero no los demás chinos que han colaborado. Queríamos… conseguir ese gran triunfo nosotros solos y para nosotros solos.

—¿Qué gran triunfo? —Inquirió hoscamente Brigitte—. ¿Impedir que dos naciones iniciaran una nueva amistad que sólo podría servir para tranquilizar al mundo entero?

—Bueno, en todo esto la gran perdedora era China, que quedaba sola, y nosotros pensamos que… que un cambio de presidente norteamericano no perjudicaría en nada a China, y, en cambio, quizá la beneficiase si, suspendidas aunque sólo fuese momentáneamente las conversaciones con Rusia, alguien le hacía comprender al nuevo presidente que quizá le fuese mejor… iniciando esa amistad con China, en lugar de con Rusia.

Lazlo Vorzek emitió uno de sus mugidos, pero expresando ahora rabia. Baby movió la cabeza con un gesto de resignación.

—Hace días —murmuró— leí un estúpido artículo de un escritor italiano que decía que con la demolición del muro de Berlín y con esa iniciada amistad Rusia-USA, se habían terminado las historias de espionaje. Y ya vemos que no es así, ni mucho menos. En fin… ¿Qué me dice de esos seis prisioneros? ¿Cómo los convencieron para que ellos me hablaran en aquellos términos? Les habían amenazado con algo terrible, ¿verdad?

—Si ellos no sostenían con usted la conversación que tuvieron que aprenderse de memoria, Nick habría asesinado a las familias de todos ellos.

—Ya entiendo. Y claro está, esa conversación ha quedado registrada en película, o en videotape. Y esa película, en el momento oportuno, habría llegado a manos de las personas adecuadas para que fuese exhibida públicamente y quedase demostrado que, en efecto, el asesinato del señor Bush era debido a un complot interior, no a una acción de un agente del Lien Lo Pou.

—Sí… Sí, en efecto.

—¿Sabían los prisioneros que la entrevista se estaba filmando y grabando?

—No. Aunque los dos agentes de la CIA y el jefe de Sector sospechaban algo así, les oímos comentarlo. Pero no les importaba nada de lo que nosotros hiciéramos, y en realidad fueron ellos tres quienes convencieron a los otros tres de que debían seguirnos el juego.

—Claro. ¿Y sabe por qué, amigo Chaksei?

—¿Por qué?

—Porque ellos sabían que ustedes ya habían cometido el tremendo y definitivo error: involucrar en el asunto a la agente Baby. A partir de ese momento supieron que los planes de ustedes iban a fracasar. Les tengo muy acostumbrados a resolverles todos los problemas.

—Todavía no ha resuelto éste.

—¿Eso cree? Pues tenga por cierto que saldré de aquí, y que enviaré varios compañeros especialmente entrenados a proteger a las familias de los prisioneros. ¿Qué cree que harán sus compinches cuando vean aparecer a la CIA y Nick Ho Chow no conteste a sus llamadas?

—Desaparecerán para siempre de escena —murmuró Chaksei.

—Exacto. Igual que usted…, amigo mío.

Al mismo tiempo que terminaba la frase, Baby lanzó fuertemente la navaja, que se hundió con fuerte impacto justo sobre el corazón de Chaksei.

Éste miró atónito el arma hundida hasta el mango, miró no menos atónito a la espía americana, bizqueó espantosamente, y, de repente, se derrumbó.

Brigitte miró a Vorzek, que estaba profundamente impresionado.

—Ya ve, colega —dijo la implacable espía—: ésta es mi respuesta cuando me siento acosada por unos asesinos. Y ahora, vamos a ver si terminamos con todo este asunto de un modo… satisfactorio. ¿Está seguro de que podrá caminar? ¿Sí? Estupendo.

Brigitte fue a la puerta, la abrió, y se asomó al pasillo. No había nadie allí. Salió tras hacerle una seña a Vorzek, y ambos se deslizaron silenciosamente en dirección a la cocina. Cuando aparecieron allí, los dos chinos se quedaron paralizados y con los ojos como convertidos súbitamente en bolitas de cristal.

—Abajo —ordenó secamente Baby, señalando con la pistola-metralleta la sólida puerta que conducía al sótano.

En silencio, dóciles y sumisos, los dos chinos abrieron la puerta y bajaron al sótano, seguidos por Brigitte y por Vorzek, el cual tenía que ir apoyándose con una mano en la pared. Abajo, al parecer, no había nadie. Pero en alguna parte de la casa quedaban dos chinos bien armados y que, por supuesto, se opondrían a cualquier actividad que no fuese ordenada directamente por Nick Ho Chow.

—Tiéndanse en el suelo y coloquen las manos a la espalda —exigió ahora Brigitte.

Los dos chinos obedecieron, y Brigitte buscó con la mirada algo con lo que pudiera atar a los dos chinos... Pero no hizo falta. Sorprendiéndola, Lazlo Vorzek se acercó rápidamente a uno y otro tumbado prisionero, y terminó con ellos de densas cortísimas ráfagas en su espalda, justo sobre el corazón.

Brigitte lo miró, y el húngaro le devolvió la mirada. Por un momento, pareció que la espía americana fuese a decir algo, pero vio perfectamente la expresión en los ojos de su colega, y dio por terminado el asunto. Señaló la puerta de la estancia en la que había sostenido la entrevista con los seis norteamericanos prisioneros, y fue hacia allá. La encontró cerrada, pero no fue en absoluto difícil abrirla por el expeditivo procedimiento de saltar la cerradura con un par de ráfagas de metralleta. Terminó de abrirla con un empujón, entró, y les hizo un gesto a los sobresaltados prisioneros.

—Vamos a salir de este lugar, pero con cuidado. —Tiró la metralleta a las manos de uno de los jóvenes agentes de la CIA y añadió—: ¡Vamos, salgan todos!

Mientras los seis hombres iban hacia la puerta, ella fue mirando alrededor, en busca del lugar donde debía de estar todavía la cámara y el sistema de grabación de la película. Al primer vistazo no vio nada que le llamara la atención, pero a la segunda vez, más atenta, lo vio prácticamente enseguida. Se acercó a la librería, apartó unos libros simulados uno de los cuales tenía un dibujo circular en el lomo, y dejó al descubierto todo el mecanismo.

El agente que empuñaba la metralleta regresó rápidamente junto a ella.

—¿Necesita ayuda? —ofreció.

—Sí: destruya todo esto.

—*Okay.*

El agente del Grupo de Acción de la CIA descargó todo el contenido del arma contra la cámara y demás mecanismos, dejándolos convertidos en pura chatarra, pero, además, Brigitte retiró de entre ésta los restos del chasis conteniendo la destrozada película.

Cuando salieron de la sala, los demás estaban esperándolos en la escalera que conducía a la cocina, pero Brigitte les ordenó regresar.

—Van a salir de aquí con los coches. Uno de ustedes abra la puerta del garaje —señaló la rampa—, mientras los demás se distribuyen en dos coches.

—Escuche —jadeó el Senador—, toda mi familia…

—No se preocupe. Dentro de pocos minutos también esa parte del asunto estará atendida.

—Lo que le dijimos respecto al asesinato del…

—¡Maldita sea, ya sé todo eso, y me hago cargo de su situación tan angustiosa! ¡Ahora salgan de aquí, eso es todo! Simón, usted abra esa puerta. Y usted —señaló a Simón II—, vea si los coches tienen puestas las llaves, y si no es así póngalos en marcha conectando directamente los hilos. ¡Nos encontraremos en el exterior!

—¿Cómo que nos encontraremos…? —empezó Simón II.

—Hagan lo que les digo.

—Sí… Enseguida, naturalmente.

Brigitte corrió hacia las escaleras, subiendo rápidamente por ellas. Se volvió enfadada al oír los pasos, pero su mirada pareció chocar con la de Vorzek, que se quedó mirándola fijamente. No hizo falta más. Llegaron arriba, salieron de la cocina, y Brigitte señaló el pasillo.

—Tenemos que encontrar un despacho, en el que quizá Ho Chow tenga algo que valga la pena llevarse. Y además, ¡quiero recuperar mi maletín!

Fue Vorzek quien lo encontró y llamó la atención de Brigitte golpeando en la puerta abierta con la metralleta. Brigitte se reunió con él, y entraron al despacho, que era una de las grandes habitaciones habilitada con mobiliario adecuado, si bien, como todo, era de apariencia destartalada.

La experta mirada de la espía recorrió rápidamente la pieza, y

enseguida vio su maletín sobre la mesa. Se acercó a recogerlo, aunque sin dejar de examinarlo todo a su alrededor. Mientras tanto, Vorzek se estaba colgando del cuello otra metralleta que había encontrado, y se introducía en la cintura una pistola provista de silenciador.

La mirada de Brigitte se detuvo finalmente en un cuadro que colgaba polvoriento junto a una pequeña librería. Fue allá, apartó el cuadro…, y se llevó una decepción al no ver allí más que la pared pura y simple. Fruncido el ceño, se desentendió de esto, y volvió a examinar atentamente el despacho…

De nuevo su mirada quedó fija, como pretendiendo atravesar objetos. Esta vez se concentró en uno de los sillones, idéntico a otros dos, pero con el tapizado más nuevo y de color ligeramente diferente. Se acercó a él, lo agarró por la parte inferior, y le dio la vuelta. Tras ella oyó la ronca exclamación de admiración de Lazlo Vorzek, que se acercó rápidamente. Los dos contemplaron el fondo del sillón, que tenía empotrada una pequeña caja fuerte.

—Vaya a la puerta, por si viniese alguien —murmuró Brigitte.

Se arrodilló frente el sillón, y se inclinó, aplicando una oreja a la portezuela de acero, mientras sus sensibles dedos comenzaron mover el dial de la combinación.

En menos de medio minuto la caja estuvo abierta. Lo primero que destacó fueron los fajos de billetes de cien, quinientos y mil dólares, que comenzó a sacar rápidamente, exclamando:

—¡Ya te dije que me pagarías el coche…! —Y casi sonrió cuando añadió—: Incluso nos vas a pagar unas vacaciones…

Por la ventana llegaron amortiguados los rugidos de un par de motores. Brigitte terminó de sacar todo el contenido de la caja fuerte, que metió en su maletín, apretándolo todo, y rápidamente se dirigió hacia la puerta, abandonando el despacho siempre seguida por Vorzek, que miraba vigilante a todos lados, listo para afrontar cualquier agresión. Pero no tuvieron problema alguno para salir de la casa, frente a la cual se habían detenido dos de los coches, con el motor en marcha. Brigitte señaló uno de ellos a Vorzek, y ella corrió hacia el otro.

—¡Corra, corra! —Gritaba Simón II, asomado a la ventanilla del volante—. ¡Vienen más chinos!

Era de temer. Tal como Brigitte había pensado debía de haber

por allí cerca un escondrijo que servía a la vez de puesto de vigilancia, y los chinos que hasta entonces habían permanecido ocultos aparecían ahora, todos armados y dispuestos a impedir la fuga.

Mientras corría hacia el coche, Brigitte contó cinco chinos, uno de los cuales comenzó a disparar su metralleta hacia ella… Las balas ni siquiera se aproximaron a la posición de Baby, que se metió dentro del vehículo elegido, gritando la orden de escapar a toda velocidad.

—¡Pero… ¿qué hace ese loco?! —exclamó Pentágono, que estaba en el mismo coche que Brigitte, mirando hacia atrás por el cristal zaguero.

Baby volvió la cabeza, y lanzó una exclamación, apeándose del coche a toda prisa.

—¡Vorzek! —llamó—. ¡No! ¡No lo haga, vuelva aquí…!

El húngaro pareció no oírla. Continuó acercándose a los cinco chinos que a su vez corrían hacia los dos coches, y que, al captar la aproximación del único fugitivo que quedaba a pie, se detuvieron y lo miraron desconcertados.

Fue una auténtica masacre a la luz del sol.

El primero en comenzar a disparar fue Lazlo Vorzek, utilizando las dos pistolas-metralleta a la vez, acribillando al grupo de chinos, que, por supuesto, replicaron a los disparos. Fue algo espeluznante. Pese a recibir numerosos balazos en todo el cuerpo, Lazlo Vorzek se fue acercando a los chinos disparando sin cesar, y ocurrió lo que parecía imposible: cuando él todavía se sostenía en pie, los cinco chinos yacían cadáveres sobre la tierra, todavía en el aire las salpicaduras de su sangre.

Lazlo Vorzek se volvió, y cayó de rodillas. Todavía estaba así cuando Brigitte Montfort llegó corriendo y se arrodilló frente a él. El aspecto del agente húngaro era sencillamente espeluznante.

Pero, de pronto, Vorzek sonrió, apareció una nueva y extraña luz en sus grises ojos, y acto seguido se desplomó de bruces.

Este es el final

—Es decir, que murió allí mismo —murmuró Minello.

—Sí. Y ya no tuvimos necesidad de escapar temiendo que apareciesen legiones de chinos. Todos los chinos que habían intervenido en la operación con Nick Ho Chow estaban muertos. Frankie, fue… absolutamente horrible.

—Desde luego —se estremeció Minello—… Supongo que el resto del asunto se resolvió bien.

—Claro. Enviamos grupos especiales de Simones a los domicilios de las familias de los seis secuestrados, y cabe suponer que los amigos de Nick Ho Chow que estuvieran por allí cerca comprendieron que habían perdido la partida y se fueron.

—Lo que significa que, una vez más, has vencido.

—Por pura suerte. Y hablando de suerte, Frankie: tú estás de suerte.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Te vas a casar conmigo?

—No tanto —rió Brigitte—… ¡Pero te invito a pasar una semana de vacaciones conmigo en Acapulco!

—Ay —se llevó Frankie las manos al pecho—… Ay, mi corazón… ¡Ay, que me da el infarto de la emoción! ¡Ay, ay, ay…!

—Y además, nos las paga un chino —añadió la divina.

—Ay… ¡Ay, que me muero…! ¡Que me muero de éxtasis…!

—Ya está con sus tonterías de siempre —aseguró Peggy, soltando una de sus risas sofocadas—. ¿Sirvo ya la cena, señorita?

—Sí, por favor, querida.

—Ay —seguía gimiendo Minello—… Ay, ay, ay…

—Bueno —dijo Brigitte, conteniendo la risa—, según parece no te encuentras bien del todo, de manera que tendremos que suspender el viaje a Méx…

—¡Me encuentro perfectamente! —Se enderezó Minello en el sillón—. ¡Tan perfectamente que me voy a terminar yo solo esta

botella de champán, voy a cenar como una fiera, y luego…! Un momento: ¿por qué crees tú que Lazlo Vorzek hizo aquello? Quiero decir, lo de inmolarse para matar a aquellos chinos. Si ya podíais escapar… ¿por qué se sacrificó tan tontamente?

—No quiso que quedara vivo ni un solo chino que supiera que la agente Baby era la periodista Brigitte Montfort, Frankie.

—Es decir —susurró Minello— que, como todo el mundo, se enamoró de ti, de tu cuerpo y de tu alma. Y quiso enmendar el daño que te había causado… o el que pudo haberte causado.

—Ya te dije que para mí todo fue pura suerte.

—Siempre es al revés —murmuró el periodista deportivo—: siempre son los demás los que tienen suerte por conocerte… ¡Así que imagínate cuando algún granuja consigue que lo invites a una semana de felicidad en Acapulco!

Fin

Notas

[1] Véase la aventura titulada *En nombre de Alá misericordioso*. <<